

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Septiembre 1961 ★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★ Preço 0'70 NF. N° 859-93

EL EMBRUJO DE MEJICO



MEXICO D.F.

NO será arbitrario afirmar que Méjico capital es el corazón de Méjico nación, puesto que la ciudad misma, con la zona de 300 km. de alcance que la prolonga, contiene exactamente la mitad de los 28 millones de habitantes del país.

¿Es Méjico una ciudad moderna americana, o una vieja población colonial de la España nueva, o una aglomeración de viviendas de barro y paja de país tropical? Lo es todo a la vez. También una ciudad en movimiento continuo, arrastrando su pasado en proa al porvenir. Su centro urbano lo forman rascacielos recientes, hoteles monstruosos que encierran el viejo parque de la Alameda, plantado por los conquistadores españoles. Este núcleo se extiende hacia la periferia, donde le aguarda

otro núcleo moderno y flamante edificado sobre sombrías lavas volcánicas: hospitales, escuelas, maternidades, arenas monumentales.

Méjico es una ciudad destruida y reconstruida permanentemente, para lo que hay, seguro, una razón geográfica: la urbe, situada a 2.400 metros de altitud, está dominada por dos volcanes elevados a 5.400 m. sobre el nivel del mar: el Popocatepetl (montaña humeante) y el Ixtaccihualt (mujer blanca); existiendo aún otra razón para ese trastorno permanente: la expansión económica de Méjico. Se vive en este país en medio de una trepidación constante de martillos neumáticos y entre demoliciones y obras. Al propio tiempo, al este de la capital y en torno de la plaza de la Constitución, con catedral, Ayuntamiento y palacio del Gobierno, la antigua ciudad española pervive expuesta al sol.

Aquí es la animación de las calles estrechas, el contraste de los coches americanos y de las mujeres vestidas con ropas coloridas; de niños de tez cobriza y ojos negros, y hombres acudidos del campo en cotonado blanco y faz grave bajo un vasto sombrero de paja, contribuyendo a formar el hormigueo del mercado, un farrago pintoresco de panes de azúcar, ropas chillonas, armas, frutos, joyas de plata, cobres grabados, tortas de maíz... En medio de toda esa exuberancia pasan los indios, muy dignamente montados sobre rucios de una paciencia milenaria.

MONTES Y LLANOS

Ciertamente, Méjico D. F. no debe hacernos olvidar el resto del país. Carreteras modernas permiten abandonar la ciudad y gular al viajero entre masas de lava petrificada. Estos conductos de comunicación atraviesan villas y aldeas ofreciendo, quizás, la imagen más original del territorio: un revoltijo pintoresco de casillas planchas y tejas, en lo que, entre rigodones de polvo, vuelan las moscas, reina el buen humor, y se exponen toda suerte de vituallas en contraste de colores: calamares, charcuterías rojas, mangos, «abogados», siendo ahí que el visitante comerá la verdadera tortilla de pasta de maíz, para el gusto europeo excesivamente pimientada. Los habituados a ese manjar extinguen la sed provocada consumiendo pulque, bebida insípida y fermentada sacada del agave, cuyo cultivo alterna en vastos espacios con el del maíz. Toda una caballería de molos, de caballos, de rucios sobrecargados circula entre la gente. Hombres silenciosos, bajo sus grandes sombreros, vestidos de un blanco estallante, son seguidos de sus resignadas mujeres conduciendo uno o dos hijos enrollados en su chal.

A los pueblos indios pueden suceder ranchos rodeados de una hilera de cactus, o caseríos de tipo español plantados en la cima de un monte, destacando una iglesia del siglo XVI flanqueada de torres y rodeada de muros castrenses.

Algunos sitios merecerían un alto especial para estudio. Así por ejemplo la aldea de Ixtapalapa, no lejos de Méjico capital, al pie de una colina llamada de la Estrella. Antiguamente en ella cada cin-

cuenta y dos años era sacrificado un cautivo. Sobre el pecho de la víctima los sacerdotes aztecas alumbraban el fuego vital: la marcha del tiempo y la vida del mundo un instante suspendidos, iniciaban el ciclo nuevo.

El árbol de Tula, cerca de Oaxaca, célebre en todo Méjico, goza de una reputación menos sinestra. Se trata simplemente de un ciprés gigantesco cuya circunferencia es de 40 metros, estimándose su longevidad en 1.200 años.

No obstante, uno de los parajes más misteriosos y apasionantes el viajero puede descubrirlo a 52 km. de Méjico. Se trata del Teotihuacan, cuyo nombre significa «donde habitan los dioses» lugar de una de las más antiguas civilizaciones mejicanas. Ahí se extiende un amplio conjunto conocido por «la Ciudadela» en el que lo esencial es constituido por el templo de Quetzalcoatl. Trátase de un edificio piramidal cuyos muros son dotados de esculturas representando la serpiente con plumas (en indio *quetzalcoatl*) y una deidad que jamás ha sido exactamente identificada. El conjunto comprende también dos pirámides, una denominada «de la luna» y otra «del sol», siendo esta última la más importante, por dominar con su masa enorme (más de 70 metros de altura) el grandioso paisaje de ruinas en un llano desierto que contemplaremos desde nuestra elevación tras haber subido una escalera formada por 222 peldaños...

TIERRA Y LIBERTAD

Para «ver» Méjico no es bastante la curiosidad ocular del visitante. En el orden social se desarrolla un fructuoso esfuerzo para la elevación del nivel de vida campesino. ¡Tierra y Libertad! es la divisa nacional desde la época colonial española, y el constante



ESTAMPA

¡AQUELLA RUSIA!

REMEMBRANZA

Si, hablamos de aquella Rusia, tal como la concebíamos en nuestra mocedad, venero de ilusiones y esperanzas. Si, de la Rusia de los zares, de los grandes idealistas, de los grandes revolucionarios, de los decembristas, de los nihilistas. Y desde luego cuanto pasamos a decir es un eco imaginativo sacado de los libros, de lecturas de juventud que han perdurado en la mente resistiendo el transcurso de los años y los avatares de una existencia nada placida. Nos referimos a la honda impresión que nos produjeron los libros de Bakunin, de Kropotkin, de « Stepniak », de Vera Figner..., así como las grandes figuras revolucionarias tales como Kibalkchik, la Perovskaya, Gailebov, Ossendowski y tantos otros que con sus relatos y sus hechos despertaron estímulos y ansias de lucha a los combatientes de aquellos días.

Además, ¿quién podrá negar la influencia que aquellos precursores tuvieron en los sucesos que culminaron en la revolución de 1917? ¿Cómo no reconocer a la vez el gran papel desempeñado por escritores y literatos en la evolución del pueblo ruso para liberarse de las cadenas que lo esclavizaban? ¿Acaso la tarea de estos progenitores no fue más meritoria, más dramática y más heroica que la de sus actuales muñidores y deformadores? Es obligado reconocer que la mayor parte de sus creadores y artistas estaban atentos en reflejar el íntimo latido de las multitudes irredentas, que dirigían sus dardos contra la opresión y la tiranía, que en sus obras reflejaban las inquietudes y las ansias del pueblo, que denostaban las monstruosidades de los sicarios, las irritantes y violentas injusticias que cometía una aristocracia podrida, prepotente y vesánica, cimentada por la tradición y la rapiña que sometía a las multitudes laboriosas al desespero y al hambre, perpetuada por el egoísmo ancestral de las clases superiores enquistadas en el poder y sostenidas por el terror.

LAS LETRAS Y LA REBELDIA

Para juzgar de la aportación de sus cuentistas, narradores, poetas, novelistas, momento culminante de la literatura rusa, no hay más que recordar algunos de sus nombres. Dejando atrás a los maestros tradicionales de ayer, como Pushkin, Griboyedov, Lermontov, Gogol, etc., para referirnos a los escritores que estaban en plena creación en las últimas décadas

del XIX y en las primeras del actual. Ahí van unos cuantos: Tolstoi, Dostoiewski, Korolenko, Chejov, Herzen, Andreiev, Goncharov, Gorki... Sus libros, sus trabajos, a veces sin aparente conexión con las torturas que sufría el pueblo, pero abriendo una crítica acerada contra las injusticias imperantes, iban abriendo el surco, ampliando los horizontes de la comprensión popular, diseminando ideas, vinculando a las clases hu-

mildes a su obra, hasta penetrar en sus entrañas y convertirse en su alma, en su propia sangre.

No ofrece duda que en las fechas a que nos referimos el pueblo ruso vivía uno de esos momentos de transición que presagía hondas transformaciones. A veces para ello basta con la simple intuición. «Hasta aquí hemos sido esclavos, pero de ahora en adelante lucharemos por la libertad». Con eso basta. La voluntad férrea se pone en alta tensión. Las ilusiones, las esperanzas y los deseos se intercomunican y después de tanteos y fracasos se produce el gran estallido. Una prueba de ello la tenemos también en la gran Revolución Francesa. Se indica que el germen de ese acontecimiento tiene sus raíces en Voltaire y Rousseau y en la de los « enciclopedistas»: D'Alembert, Diderot, Condorcet, etc. ¿Hasta qué punto influyeron los intelectuales rusos en la transformación de su pueblo? No creemos sea un hecho casual el caso de que al lado de esta floración de ansia liberadora coincide con un gran incremento de las artes, la música, el ballet, la literatura. ¿Acaso este instante de lucha intensa y apasionada, este momento de honda esperanza en un mundo mejor no son factores determinantes que propician por igual el desenvolvimiento intelectual que las ansias de mejoramiento y de superación de las multitudes laboriosas?

Es difícil precisar en circunstancias tan especiales, cuando un pueblo se mantiene en vilo, alimentando una gran esperanza, como enraiza en su alma cuanto ha creado la inteligencia en sus obras de arte. Parece, como si un efluvio etéreo llevara las ideas, las emociones, los anhelos de liberación de una mente a otra y de éste a aquel corazón, mostrándoles una nueva aurora, un nuevo arcano de la felicidad. Los momentos de inquietud que preceden a un movimiento revolucionario, son únicos, indescriptibles, tal co-



FEDOR DOSTOIEVSKI

mo si las gentes dolientes y sufridas, a través de milenios, vaciaran todo el dolor y las tragedias acumulados por centenares de generaciones ya idas, y como si los ideales de justicia, de libertad y más intensidad había de sentirlo y vivirlo el pueblo ruso. Siglos infinitos de humillaciones, de vejámenes, de esclavitud, le hacían acreedor a ello. Si es verdad que el dolor agranda la comprensión, que el sufrimiento agudiza la inteligencia, habrá que confesar que los rusos— igual en aquella época que en la presente — han sido maestros en dicho arte. Ello explica el vínculo del pueblo hacia sus escritores predilectos, puesto que ninguna literatura ha penetrado más profundamente en la descripción y conocimiento del humano dolor que las creaciones de los autores rusos que florecieron en las fechas que dejamos apuntadas.

Claro que puede argüirse que en un pueblo semianalfabeto es muy difícil que se establezca tal correspondencia. Pero aquí hallamos otra analogía con el pueblo francés de la época de la revolución. ¿Qué sabía aquella multitud de sus « enciclopedistas », de sus escritores y artistas? No obstante, allí estaban las élites, las minorías letradas o inquietas para divulgar sus ideas y hacerlas llegar hasta las últimas capas sociales. Además, que para la irradiación de un ideal manumisor no precisa ser eruditos ni es necesario estar versados con la letra escrita. Por lo común basta una frase suelta, unas palabras soltadas al oído. Además que en momentos agitados, cuando el ambiente se halla predisposto por arrancar un poder anacrónico y nefasto, nombres, palabras e ideas se convierten en símbolos, tienen un arraigo mítico, una potencia hercúlea.

LA ACTUACION DE LOS IDEALISTAS

Puede decirse que los grandes literatos abrieron el primer bo-

EL EMBRUJO DE MEJICO

motivo de lucha del pueblo mejicano. Ciertamente, las reformas agrarias no han sido logradas sin sobresalto, puesto que para un avance al mejicano no hay que invitarle dos veces a empuñar un arma de fuego.

Por aquí la gente recuerda aún las acciones de los Villa y Zapata, pero la calma se ha impuesto a pesar de las conquistas incompletas. Así Méjico ya no justifica la reputación de «país de generalitos en revuelta». Los presidentes de la República se suceden regularmente, la persecución religiosa es un mito, la lucha contra la ignorancia es de aprecio. No se niega que el embrujo de la muerte haya atraído excesivamente a los mejicanos; lo prueban una vez más los panecillos y los azúcares en forma de cráneo humano que se exhiben en los escaparates de panaderos y drogueros. Pero hoy este pueblo, sin perder estima por sus tradiciones, progresa resueltamente hacia su moderno destino.

DE PLANICIE EN PLANICIE

Este destino, los mejicanos lo forjarán ellos mismos con su trabajo, por grandeza de su país conseguida ante todo por el genio de sus habitantes. Los recursos naturales les ayudarán considerablemente. Petróleo y metales constan en el suelo mejicano. En cuanto al agro, tiene para sus po-

bladores el mérito de ser variado y productivo.

Esa variedad corresponde precisamente a la sucesión de las grandes planicies que separan las cadenas de montañas que atraviesan el país de norte a sud. Las tierras cálidas son las del litoral oeste y al este, extendiéndose hasta los primeros contrafuertes de la Sierra Madre los bosques y plantaciones tropicales. A partir de 1.200 metros de altura, las tierras atemperadas ofrecen una vegetación mixta comprendiendo igualmente especies africanas en abundancia, cuales el bananero y la caña de azúcar y las plantas americanas tales como el maíz y la patata. En cuanto a las tierras frías (a partir de 2.000 metros) que son las más extensas, habrá que decir que el bajón de temperatura es notable comparado con el clima de las tierras bajas; pero su invierno es más temperado que el de la Rivière francesa, resultando la vegetación de una primavera casi perpetua.

Es en este nivel sobremarino que cuajan lo mejor las grandes poblaciones mejicanas, particularmente frente a la más alta terraza del país que se eleva al cielo hasta que su cono agujerea las nubes, y hemos citado el majestuoso pico del Orizaba, símbolo del orgullo y de la esperanza de los mejicanos.

J. L. BOUGNOUX

por José VIADU

quiere y que la obra del derrumbe fue propiciada por los idealistas. Mucho contribuyeron a ello obras como la de Concharov, que en su célebre «Los Oblomov» muestra la estulticia y la decadencia de las llamadas clases superiores rusas; los torturantes y profundos estudios sobre la estructura humana, moral y psicológica, de la cual son magníficos exponentes «Crimen y castigo», «Los hermanos Karamazov», «La casa de los muertos», etc., de Dostoiévski; las obras ciclópeas y las de su aspecto moralizador del gran León Tolstói: «Ana Karenina», «Resurrección», «La guerra y la paz»; Antón Chejov en «Mi vida», «El duelo», «La estepa», «El camarero», algunas de ellas francamente subversivas; los cuentos de Averchenko; el «Sabin» de Artzibachev; Kuprin con su «Burdela» y su «Brazaleta de diamantes»; Andreiev en «Días iracundos» y en especial en los motivos lacerantes, en las siluetas de sus vagabundos y de sus ex hombres y las narraciones de los personajes verídicos, dolientes y famélicos de Máximo Gorki.

Al lado de ellos, pero en un sentido más directo actuaban los idealistas, los revolucionarios, que impregnaron al pueblo de sus inquietudes y de sus rebeldías. Rusia tuvo una legión de combatientes de primer orden que surgidos de todas las clases sociales se sumaron a las contiendas de su tiempo con entrega absoluta, más allá de cualquier egoísmo e incluso de su propia vida. ¡Y qué figuras! Sin hipérbole puede decirse que el sentimiento de lo heroico no tuvo jamás una manifestación más elevada ni más noble. A tal efecto cabe recordar el ejemplo edificante de Kropotkin, aunque como él fueron varios los aristócratas que renunciaron a sus títulos y prebendas y a una posición de privilegiados para confundirse con el arriero, con el campesino, con el perseguido, para no ser otra cosa durante su vida que un desterrado, que un apátrida.

Ello es una muestra de que el sentimiento de justicia, para determinadas individualidades sensibles, es más poderoso que todos los egoísmos, que todas las vanas presunciones, que todas las conveniencias de tipo personal. Y desde luego estas virtudes, una negación tan evidente, no podía pasar desapercibida por la comprensión popular, por el sentimiento multitudinario. Y ello explica la eclosión del pensamiento y de la acción, del intelecto y del músculo, de la voluntad firme de escritores revolucionarios, de trabajadores y teóricos, encaminada de consuno a la realización de un gran destino: la liberación del pueblo ruso.

LA LUCHA CONTRA EL ZARISMO

Puede decirse que en el orden ideológico es la acción individual la precursora de los grandes movimientos sociales que dieron al traste con el imperio legendario de los zares.

La acción en grande se inicia con el atentado de Alejandro II, el 13 de marzo de 1881. El cual fue seguido de una represión cruel y despiadada que abarca a partidos liberales, organismos obreros, grupos intelectuales y que se extiende por toda la gran Rusia. Pero la semilla estaba ya lanzada. Luego, ya a principios del siglo XX fue ajusticiado Bobrikov, gobernador de Finlandia, entonces rusa.

En el Cáucaso le ocurre lo propio al vicegobernador Andreiev.

En San Petersburgo es eliminado el déspota Plehve, brazo represivo de la política del zar.

Sucesivamente, a poca distancia de estas fechas, continuó una lucha violenta en la que desempeñó un gran papel el grupo de obreros. Cayeron, bajo el plomo de sus pistolas o de la metralla de sus bombas, policías, ministros, príncipes y esbirros y su sangre se confundió con la de muchos revolucionarios.

Mientras tanto, los partidos liberales y demócratas, así como los grupos intelectuales pugnaban por liberalizar la Duma, por reformar la constitución, por democratizar al zarismo... En cambio, los organismos obreros, los partidos de clase, iban apretando sus filas. Las manifestaciones y huelgas se sucedían en Kovno, Odesa, Moscú, Dópat, Kazan, Varsovia... La sangre de las multitudes harapientas, de los trabajadores, corrió en abundancia, en especial en la gran manifestación (1905) frente al Palacio de Invierno, donde el «padrecito» zar mandó hacer una sarracina de tal magnitud, que no sólo dio origen a una protesta de carácter universal, sino que a lo largo (12 años) el clamor de las víctimas y la sangre derramada tenía que ahogar a él y a todos los suyos.

DE KERENSKI AL BOLCHEVISMO

Los desastres bélicos y la corrupción política, en la que actuaba de augur la figura siniestra de Rasputín, terminaron con el po-



Máximo Gorki

deroso imperio. Los soldados rusos eran mandados a los frentes de lucha sin municiones y sin alimentos, lo que dio lugar a deserciones masivas en los frentes de guerra y a manifestaciones tumultuosas en las ciudades rusas. Pocos días antes del cataclismo, del hundimiento del régimen, varios trabajadores fueron vilmente asesinados en la gran avenida de Nevski, mientras la zarina, la «madrecita», mandaba un telegrama a su consorte que en síntesis venía a decir:

«No tengas compasión alguna; ya sabes que los rusos deben ser tratados con rigor y dureza.»

Bastaron unos días convulsivos para que el poder de los zares se hundiese sin pena ni gloria. El sucesor fue Kerenski, que siguió maniatado a las directivas de sus aliados, sin comprender que el pueblo ruso no tenía más alternativa que acabar su intervención bélica, licenciar a sus ejércitos, puesto que su economía y su descomposición no permitían otra salida. Pero Kerenski, figura gris y acomodaticia, seguía deambulando por los frentes de batalla, recomendando que emprendieran la ofensiva, hasta que cierto día un humilde combatiente expresó el verdadero sentir del pueblo diciendo:

«La ofensiva es la muerte. ¿Qué falta nos hacen, una vez muertos, ni tierra ni libertad?»

De la miopía de Kerenski, de su carencia de fibra revolucionaria, se aprovecharon los bolcheviques y la aurora esperada se trocó en negra noche. El imperio de la brutalidad zarista se transformó en la dictadura roja, de las purgas sangrientas, de los campos de concentración... mientras el pueblo trabaja y sufre en espera de su redención.

Al contrastar tales hechos reindicamos en nuestros propósitos de persistir en propiciar un ideal de perfección, de libertad y de justicia que sólo puede alcanzar su plenitud cuando el impulso viene de abajo, cuando es el pueblo quien lo mantiene en vilo. Confesamos que no nos importa sustituir a un capitalismo voraz y despiadado, el suplir a un régimen que se intitula democrático, en el cual predominan las oligarquías, las grandes empresas y sus servidores y lacayos, mientras el pueblo vive atenuado por la enfermedad, las privaciones y la miseria, por otro régimen que, aún intitulándose proletario, sólo trata de reemplazar a una burguesía saciada y estulta, por una burocracia insatisfecha, amorfa y deshumanizada.

Desde luego manifestamos tener nuestras dudas acerca de cuál será peor, si el sistema de explotación en provecho de un capitalismo insaciable, o el imperio que convierte al Estado en árbitro



León Tolstói

indiscutible y absoluto de cuanto pueda pensar, acontecer y realizar el hombre. La mejor prueba es que han transcurrido más de cuarenta años desde el triunfo de la revolución de octubre, sin que se perciba mejoría en la situación de los trabajadores y campesinos. Al contrario, el llamado régimen rojo se caracteriza por la explotación más descarnada, por ausencia absoluta de libertad, por un sometimiento sin precedentes al poder oficial, por unas directivas francamente imperialistas, por la existencia de campos de concentración y por la negación de los pequeños derechos conquistados y en vigor en los países capitalistas...

En resumen: ¿Era éste el anhelo de la liberación con que soñaban los idealistas, literatos y precursores de la revolución rusa? Mejor creemos que estarían resueltamente contra el más desafiado despotismo estatal, de los precursores de Iván el Terrible.

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre 2,10 NF

Semestre 4,20 NF

Año 8,40 NF

Extranjero (año) 10,00 NF

Extranjero (por avión)

América del Norte 15,40 NF

América del Sur 19,00 NF

Alfonso Vidal y Planas, refugiado español

HEMOS pedido al autor de «Bombas de Odio» que nos contestase a unas preguntas. Saliendo de la monotonía y del círculo vicioso, para hacer una estimación de las ayudas que tiene el antifranquismo y la lucha que en todos los frentes necesita el pueblo español, es bueno conocer cómo piensan los españoles que siguen en la genuina postura de españoles decentes por ser antifranquistas.

Recordando que en Tijuana, en la frontera norte de México, radica, expulsado de los Estados Unidos, el escritor en cuestión, le hemos formulado unas preguntas que al ser para él un sosiego espiritual, son para los lectores un nuevo punto de vista de un hombre que siempre ha estado al lado del sufrido y batallador pueblo de España.

Jaime R. Magriñá pregunta :

I. — « La Opinión » de Los Angeles, diario que se publica en español, ha sido acusado de periódico franquista. ¿Es verdad demostrable tal aserción?

R. — No. « La Opinión » de Los Angeles es un diario de empresa, independiente, en el que los colaboradores gozamos de absoluta libertad de expresión. Yo escribo asiduamente en dicho periódico desde hace diecisiete años y en él he hecho mis fuertes campañas contra el franquismo y la Falange. Mis artículos de « La Opinión » eran mandados por mi mismo a Gómez Peláez y a Floreal Ocaña, quienes los reproducían, respectivamente, en « SOLIDARIDAD OBRERA » de París y en « Tierra y Libertad » de México.

Cierto que en « La Opinión » colaboran algunos conocidos escritores derechistas, como Nemesio García Naranjo, que es, por cierto, bastante liberal; pero los más destacados colaboradores de dicho diario son, descontando mi humilde nombre, Salvador de Madariaga, Luis de Zulueta, Germán Arciniegas, Alejandro Casona, Ramón Sender, el viejo anarquista Luis Montes y otros.

Y oye, querido: En « La Opinión » he dedicado grandes y merecidos elogios a Anselmo Lorenzo, Angel Pestaña, el « Nol del Sucre », Angel Samblancat, Mauro Bajatierra, Roberto Castrovido, el doctor Andreu, Luis Capdevila y otros.

II. — Como propagandista de S.I.A. en Estados Unidos, ¿en cuántos actos públicos de propaganda tomaste parte?

R. — Organizados por S.I.A. o por el Ateneo Libertario de « Cultura Proletaria », tomé parte en más de cien actos públicos, incluyendo mi actuación como miembro de S.I.A. de Los Angeles.

III. — ¿Por qué no has regresado a España, donde podrías vivir con suficientes medios económicos a base de tus derechos de autor?

R. — Me gusta la pregunta, hombre. Pues, verás: Yo, septuagenario, y tremendamente cansado, apenas puedo ya escribir. La pluma me pesa como un azadón, pero, ¿qué remedio!... Lo malo es que con lo que gano con la pluma no me basta para vivir: ¡qué

caras son las medicinas, hijo!... Y no tengo más remedio que « ayudarme » con alguna otra actividad. ¿No sabes? Soy catedrático de Latín y de Lógica del primero de la Preparatoria de la Universidad de Baja California. A mí, esto me asombra: ¡toda mi vida loco, para acabar siendo catedrático de Lógica! La vida gasta estas bromas...

Pero mi mujer y yo podríamos vivir en España tan felizmente, sin tener que trabajar aún este viejo, que tanto derecho tiene al descanso. Allí tengo mi dinerito, ¡no creas!: desde hace más de doce años vengo devengando una pensión vitalicia del Montepío de Autores Españoles. El mismo Montepío me guarda las mensualidades devengadas, que ya suman una buena cantidad, y que no pueden serme enviadas porque se me considera desahogado al régimen actual.

Pero yo no regresaré a España mientras no pueda hacerlo en unión de los demás refugiados. Y, si el digno regreso se hace imposible, ¡qué importa a mis huesos!: la tierra de México es leve y blanda para sepultura.

IV. — ¿Cómo explicas que no exista un sólido frente de lucha en contra de la tiranía que asola a España?

R. — Yo no puedo explicar lo inexplicable. Ese frente debiera existir, y yo también me pregunto: « ¿Por qué no existe? » Pero no doy con la autorrespuesta anhelada. A veces me digo: « Un frente único requeriría un líder supremo; y el líder supremo lleva siempre en el bolsillo la dictadura ». Claro que pensar así es como razonar de este otro modo: « Hay una sequía terrible. Los campos se secan; los rebaños se mueren de sed; las presas se han agotado. Conviene que llueva... Pero no hay que desear la lluvia, porque *podría ser peor el remedio que la enfermedad*. Todos sabemos que las lluvias pueden ocasionar inundaciones fatales ».

V. — ¿Qué te han hecho los hombres, pues, que tanto amas a los seres irracionales?

R. — En primer lugar, déjame decirte lo que enseño en mi cátedra de Lógica:

Los animales no son seres irracionales. No hay animal que ca-

rezca del raciocinio preciso; luego son seres racionales. ¿Qué es el raciocinio? Sencillamente, la facultad de raciocinar; y raciocinar es razonar, discurrir. Todos los animales discurren, por lo menos, lo necesario, lo conveniente. ¡A ver qué pulga chupa de un botón de nácar! La pulga succiona de donde debe.

Para que no creas que me expreso en broma, me olvidaré de la pulga y me referiré al perro.

Verás: uno, más uno, más uno, son irrefutablemente tres. ¡No vas tu a empeñarte en que sean cinco! Pues bien, vamos a buscarle al perro los tres unos del raciocinio.

Esos tres unos del raciocinio son lo que llamamos facultades anímicas: *memoria, entendimiento y voluntad*. El perro conoce a su amo y le reconoce mucho tiempo después de no haberlo visto; luego es innegable que el perro tiene *memoria*. Y el perro percibe en la casa, de noche, que se está iniciando un incendio mientras sus amos duermen, y discurre que, como hay peligro, urge despertar a los dueños, y los despierta con fuertes ladridos y tirando de las ropas de la cama; luego el perro tiene *entendimiento*. Y el perro que acompaña al ciego como fiel lazarillo no cruza la calle cuando no debe hacerlo, y la cruza cuando debe hacerlo; luego el perro tiene *voluntad*. Y si el perro tiene *memoria, entendimiento y voluntad*, reúne las facultades del raciocinio.

No puede objetarse seriamente, como aún hacen algunos: « Eso es *instinto* ». ¡No! Actos *instintivos* son los que realizamos — personas y animales — sin hacer uso de las facultades anímicas, como el respirar, el pestañear, el digerir, el dormir, etc.

Claro que los animales no saben resolver ecuaciones, ni saben química... Pero, gracias a esto, no serán ellos los que cometan la peor y última de las animaladas; la destrucción de toda la vida sobre el planeta que habitamos será obra del animal superior: el humano.

Y ahora contesto a tu pregunta:

Yo no amo ni defiende a los animales porque los hombres me hayan hecho mal. Es decir; yo no amo ni defiende a los animales por amargura, sino por deber de hombre auténticamente civilizado. Los animales no son de piedra ni de palo, sino de materia sensible. Sufren, si se les hace daño, lo mismo que las personas. Por eso el respeto al dolor *innecesario* de los animales es postulado elemen-



talísimo de *civilización verdadera*.

Digo *civilización verdadera*, porque el progreso descorazonado, que avanza como la caries en la muela, y que acabará con la muela, digo, con el mundo, no sólo no es civilización, sino que es barbarie.

No pido a nadie que ame a los animales; pero la Ética exige a todos que, para tener derecho a llamarse civilizados, sientan respeto por el dolor *innecesario* de cualesquiera seres.

A mí me repugnaria profesar una religión o una ideología que me permitieran ser cruel con los orgullosos hombres o con las humildes bestias. No hay más que una crueldad.

VI. — ¿Cómo estimas que se puede lograr un mayor incremento de las virtudes morales entre todos los españoles?

R. — Desde que empecé a escribir, hace más de medio siglo, no he intentado otra cosa. El humanitarismo, en su amplitud inmensa, es el gran texto que se cursa en la escuela del espíritu. Señálame una obra mía que no sea humanitaria, y me sentiré avergonzado. En « Santa Isabel de Ceres » combato la prostitución; en « Los Gorriónes del Prado » lloro a gritos por los pobres niños arrojados al arroyo como basura; en « Bombas de Odio » y en « Los Pistoleros » defiende a los trabajadores explotados y ataco a Martínez Anido y Arlegui; en « La Virgen del Infierno » compadezco a los presidiarios; en numerosas novelas mías escupo a la cara al señoritismo vago y malhechor; en la colección de « El Amigo del Hombre » pordiose una limosna de conmiseración por los animales desdichados...

Tenemos en España un foco atroz de embrutecimiento espiritual: la plaza de toros. Y, sin embargo, ningún credo político izquierdista, ni ninguna ideología *extremadamente revolucionaria*, ha incluido en su programa la prohibición de las corridas de toros.

Jaime R. MAGRIÑÁ

Tijuana, agosto 1961.

Los maestros
de la
pluma

CUENTO FUTURO

• Continuación y fin •

por Leopoldo ALAS (Clarín)

Esas pléyades de naturalistas imberbes (y no digo pléyades en singular, porque pléyades no tiene ni puede tener singular, aunque lo olviden la mayor parte de nuestros periodistas) me dispensarán; pero al presentar en escena nada menos que al *Deux ex machina* de la Biblia necesito hacer algunas manifestaciones.

Pintar a Jehová (así lo llama el vulgo) tal como es, sin idealizarlo ni nada de eso, es empresa superior a mis fuerzas, porque yo nunca lo he visto.

Discuten los sabios si el mismo Moisés llegó a verlo cara a cara; algunos afirman que sólo una vez gozó de su presencia; pero yo, sin ser sabio, me inclino al parecer de los que piensan que ni Moisés ni nadie puso en él los ojos en la vida. Otra cosa es aquello de sentir el Espíritu del Señor que pasa, el sopro divino que hiera el rostro, etc. Eso es posible.

Más fácil sería, una vez presentado en escena Jehová, hacer que su carácter fuera sostenido desde el principio hasta el fin, como piden los preceptistas que de camión son gacetilleros a los autores de dramas y novelas. Para sostener el carácter de Jehová me basta con los documentos bíblicos, pues se ve en ellos que su energía no decae ni un momento y que en él no hay contradicciones; porque el haber hecho el mundo y arrepentirse después no es una contradicción, toda vez que, si a eso fuéramos, ahí está Cánovas, que primero fué revolucionario y después se arrepintió, y la energía de Cánovas, sin embargo, está fuera de toda discusión. Y me alegro de haber citado a este personaje, porque si ustedes quieren buscarle a Jehová, según le presenta la Biblia, un parecido, el mayor que encontrarán en la historia, para tener idea del Zeus bíblico, será ese, Cánovas, el *Faus* malagueño.

Y ahora tengo que entenderme con los timoratos y escrupulosos en materia religiosa, que acaso quieran ver ribetes de impiedad en mi cuento. No hay tal impiedad: primero y principalmente, porque sólo se trata de una broma, y yo aquí no quiero probar nada, ni acabar con la Iglesia de Pedro, ni siquiera con los abusos del clero madrileño. Ni yo soy clérigo de *El Resumen*, ni siquiera redactor de *Las Dominicales*, ni ese es el camino. Por no ser, ni soy, como el autor de *Namouna*, adorador de Cristo y además de Ahura-Mazda y de Brahma y de Apis y de Vichnú, etc., etc. Estos eclecticismos religiosos no se han hecho para mí. Lo que puedo jurar es que respeto a Jehová, escribise como se escriba, tanto como el que más, y que en este cuento no pretendo reempla-

zar la religión de nuestros mayores por otra de mi invención. Para significar ese respeto precisamente prescindo de los procedimientos naturalistas, y en vez de presentar al nuevo personaje obrando y hablando, como quiere la buena retórica, pasaré como sobre ascuas sobre todo lo que se refiere a sus relaciones con Adambis, mi héroe, valiéndome de una narración indirecta y no de una descripción directa y plástica.

Apresúrome a decir que la bata que Evelina creyó haber visto pendiente de los hombros del que se paseaba por aquel prado del Paraíso no debía de ser tal bata, ni las barbas, barbas; pero ya saben ustedes que las mujeres todo lo materializan.

Ello es que aquél era Jehová efectivamente y que se estaba paseando por aquel prado del Paraíso, como solía todas las tardes que hacía bueno; costumbre que le había quedado desde los tiempos de Adán.

Adambis, aturcido con la presencia del Señor, de que no dudaba, pues si hubiese sido un hombre como los demás hubiera muerto a las doce de la mañana, Adambis, lleno de terror y de vergüenza, perdió los estribos... del globo, como si dijéramos; es decir, trocó los frenos, o de otro modo, dejó que la máquina de dirigir el aerostático se descompusiese, y el globo comenzó a bajar rápidamente y se enredó en las ramas de un árbol.

Evelina gritaba, espantando las aves del Paraíso, que volaban en grandes círculos alrededor de los inesperados viajeros.

Levantó el Señor la cabeza al oír tanto ruido, y viendo el trance, acudió a salvar a los naufragos del aire.

A presencia de Jehová, el doctor permanecía silencioso y avergonzado. Evelina miraba al Señor con curiosidad, pero sin asombro. Encontrarse con un Dios personal de manos a boca le parecía tan natural como le hubiera parecido la demostración matemática de que Dios no existe. Lo que ella quería era tomar algo.

Con arreglo a lo dicho, se renuncia a copiar aquí el diálogo que medió entre Jehová y el sabio de Mozambique. Pero se dirá la substancia.

El Señor no abusó, como hubiera hecho Júpiter o *El Siglo Futuro*, de su situación, que le daba una superioridad incontestable. Nada de pullas, ni de sarcasmos mucho menos. Demasiado sabía él que Adambis, desde que había estudiado Anatomía comparada se había pasado la vida negando la

posibilidad de un Dios personal. Los dos sabían esto. ¿Para qué hablar de ello?

Judas se creyó en el deber de humillarse y de confesar su error. Pero Jehová, con una delicadeza que nunca tuvieron los Nocedales en sus palizas a *La Unión*, hizo que la conversación cambiase de rumbo.

Lo pasado, pasado. Ahora se trataba de reformar la Humanidad por segunda vez. Lo de Adán había salido mal; el remedio del diluvio tampoco había probado; tal vez el mal habría estado en dejar vivos a tantos parientes; un mundo que comienza entre suegros y cuñadas no puede ir bien. Además, lo primero que había hecho Noé, pasada la borrasca, había sido emborracharse... Jehová esperaba más formalidad por parte de Judas Adambis. Judas había acabado con la Humanidad... Corriente. Poco se había perdido.

El pesimismo era la tontería que menos podía tolerar Elhoim; la Humanidad se había hecho pesimista... Adambis iba a repoblar el mundo, y si esta nueva cría salía mal también, bastaba de ensayos: la Tierra se quedaría en barbecho por ahora.

El matrimonio de Adambis y Evelina había sido hasta entonces infecundo; pero con las aguas del Paraíso, Jehová prometía que la fecundidad visitaría el seno de aquella señora.

— No serán ustedes inocentes — vino a decir Jehová —, porque eso ya no puede ser. Pero esto mismo me conviene. Inocente y todo, Adán hizo lo que hizo. Usted, señor Adambis, es un sabio verdadero, a pesar de sus errores teológicos, y quiero ver si me conviene más la suprema malicia que la suprema inocencia. Desde hoy llevan ustedes en arrendamiento todo este jardín amenísimo. La renta que me han de pagar serían sus buenas obras. Todo lo que ustedes ven es de ustedes.

— ¿Absolutamente todo? — exclamó Evelina.

Y Jehová, aunque con otras palabras, vino a decir:

— Sí, señora..., sin más excepción que una... insignificante. Pongo por condición... la misma que puse al otro. No se ha de tocar a este manzano, que en un tiempo fué el árbol de la ciencia del bien y del mal, y que ahora no es más que un manzano de la acreditada clase de los que producen las ricas manzanas de Balsaín. Por comer de esos manzanos no sabrán ustedes ni más ni menos de lo que saben, ni serían como dioses, ni nada de eso. Si Satanás se presenta otra vez y

quiere tentar a esta señora, no le haga caso ninguno. Como este manzano los hay a porrillo en todo el Paraíso. Pero yo me entiendo, y no quiero que se toque en ese árbol. Si coméis de esas manzanas..., avuelta a empezar: os echo de aquí, tendréis que trabajar, parirá esta señora con dolor, etc., etc. En fin, ya saben ustedes el programa. Y no digo más.

Y desapareció Jehová Elhoim.

Y casi me alegro, porque ahora ya puedo copiar el diálogo textualmente.

Evelina encogió los hombros y dijo:

— Tú, Judas, ¿qué opinas de todo esto?

— ¡Figúrate!

— Valiente sabio estabas tú. Mira qué bien hacía yo en ir a misa, por un si acaso. Tú eres un tonto, que por poco nos haces condenarnos a los dos. Afortunadamente, el Señor parece un señor muy amable.

— ¡Oh! La Bondad Infinita...

— Sí, pero...

— El Sumo Bien...

— Sí, pero...

— ¿Pero qué, hija?

— Pero algo raro.

— Y tan raro, como que es el único.

— No, no quiero decir raro en ese sentido, sino en el de... ¡Mira tú que prohibirnos comer de esas manzanas como si fuéramos unos chiquillos!...

— Y no comeremos.

— Claro que no, hombre. No te pongas tan fiero. Pues por eso digo que es raro. ¿Qué trabajo nos cuesta a nosotros ponernos formales, y escarmentados, prescindir de unas pocas manzanas y que son como las demás?

— Mira, en eso no nos metamos. Dios es Dios, ¿estás?, y lo que El hace, bien hecho está.

— Pero confiesa que eso es un capricho.

— No confieso tal, ni tú tampoco; y te prohibo blasfemar en adelante. Por lo pronto, no pienses más en tales manzanas..., que el diablo las carga.

— ¡Qué ha de cargar, infelz! Buena soy yo. A propósito: tengo sed..., deseo de eso, de eso..., de fruta..., de manzanas precisamente, y de Balsaín.

— ¡Mujer!

— ¡Bobalicón! ¿No ha dicho que de esa clase hay aquí a porrillo? Pues vamos a buscar otro árbol igual, y me das un hartazgo. ¿Conoces tú el Balsaín?

— Sí, Evelina. (Busca). Aquí tienes otro árbol igual que ese prohibido. Toma. ¿Ves qué hermosa manzana? Balsaín legítimo.

Evelina clavó los blancos y apretados dientes en la manzana que le ofrecía su esposo.

Mientras Judas volvía la espalda y buscaba otro ejemplar de la

★ CUENTO FUTURO ★

hermosa fruta, una voz, como un silbido, gritó al oído de Evelina:

— ¡Eso no es Balsain!

Tomó ella el aviso por voz interior, por revelación del paladar, y gritó irritada:

— Mira, Judas, a mí no me la das tú. ¡Eso no es Balsain!

Un sudor frío, como el de las novelas, inundó el cuerpo de Adambis.

— Buenos estamos — pensó. ¡Si Evelina empieza a desconfiar... no va a haber Balsain en todo el Paraíso!

Así fué... A cien árboles se arrancó la fruta, y la voz siempre gritaba al oído de la esposa:

— ¡Eso no es Balsain!

— No te canses, Judas — dijo ella fatigada —. No hay más manzanas de Balsain en todo el Paraíso que las del árbol prohibido.

Hubo una pausa.

— Pues hija... — se atrevió a decir Adambis —, ya ves..., no hay más remedio... Si te empeñas en que no hay más que esas... te quedarás sin ellas.

— ¡Bien, hombre, bien; me quedaré! Pero no es ésa manera de decirse a una.

La voz de antes gritó al oído de Evelina:

— ¡No te quedarás!

— Otro sería más... enamorado que tú. Claro, un sabio no sabe lo que es pasión...

— ¿Qué quieres decir, Evelina?

— Que Adán, con ser Adán, era más cumplido amador que tú.

— Tengamos la fiesta en paz y renuncia al Balsain.

— ¡Bueno! Pues tú..., ya que prefieres cumplir un capricho de quien hace una hora negabas que existiese, a satisfacer un deseo de tu mujer..., tú, mameluco, renuncia a lo otro.

— ¿Qué es lo otro?

— ¿No se nos ha dicho que seré fecunda en adelante?

— Sí, hija mía; de eso iba a hablarte...

— Pues no hay de qué. Nada de fecundidad.

— Pero hija...

— Nada, que no quiero.

— ¡Así, perfectamente! — dijo la voz que le hablaba al oído a Evelina.

Volvióse ella y vió al diablo en figura de serpiente, enroscado en el tronco del árbol prohibido.

Evelina contuvo una exclamación; a una señal del diablo, que comprendió perfectamente, se dirigió a su marido y le dijo sonriente:

— Pues mira, pichón; si quieres que semos amigos, corre a pescarme truchas de aquel río que serpentea allá abajo...

— Con mil amores...

Y desapareció el sabio a todo escape.

Evelina y la serpiente quedaron solos.

— Supongo que usted será el demonio..., como la otra vez.

— Si, señora; pero créame usted a mí: debe usted comer de estas manzanas y hacer que coma su marido. No digo que después serán ustedes iguales que dioses, nada de eso. Pero la mujer que no sabe imponer su voluntad en el matrimonio está perdida. Si ustedes comen, perderán ustedes el paraíso, ¿y qué? Fuera están las riquezas de todo el mundo civilizado a su disposición... Aquí no haría usted más que aburrirse y parir...

— ¡Qué horror!

— Y eso por una eternidad...

— ¡Jesús! No lo quiera Dios. Venga, venga.

Y Evelina se acercó al árbol, arrancó una, dos, tres manzanas, y les fué hincando el diente con apetito de fiera hambrienta.

Desapareció la serpiente, y a poco volvió Adambis... sin truchas.

— Perdóname, mona mía, pero en ese río... no hay truchas...

Evelina echó los brazos al cuello de su esposo.

El se dejó querer.

Una nube de voluptuosidad los envolvió luego. Cuando el doctor se atrevió a solicitar las más íntimas caricias, Evelina le puso delante de la boca media manzana ya mordida por ella, y con sonrisa capaz de seducir a Sala Muni, dijo:

— Pues come.

— ¡Vade retro! — gritó Judas poniéndose en salvo de un brinco —. ¿Qué has hecho, desdichada?

— Comer, perderme... Pues ahora piérdete conmigo; come..., y yo te haré feliz... mi adorado Judas...

— Primero me ahorcan. No, señora, no como. Yo no me pierdo. Tú no sabes cómo las gasta Jehová. No como.

Irritóse Evelina y fué en vano. No sirvieron ruegos, ni amenazas, ni tentaciones: Judas no comió.

Así pasaron aquel día y la noche, riñendo como energúmenos. Pero Judas no comió la fruta del árbol prohibido.

Al día siguiente, muy de madrugada, se presentó Jehová en el huerto.

— ¿Qué tal, habéis comido bien? — vino a preguntar.

En fin, hubo explicaciones. Jehová lo supo todo.

— Pues ya sabéis la pena cual es — vino a decir, pero sin incomodarse —. Fuera de aquí, y a ganarse la vida...

— Señor — observó Adambis —, debo advertir a vuestra Divina Majestad que yo no he comido del fruto prohibido... Por consiguiente, el destierro no debe ir conmigo.

— ¿Cómo? ¿Y me dejarás marchar sola? — gritó ella furiosa.

— Ya lo creo. Hasta aquí hemos llegado. A perro viejo no hay tus tus.

— De modo — vino a decir el Señor — que lo que tú quieres es el divorcio... *quo al thorum et habitationem*.

— Justo, eso; la separación de cuerpos, que decimos los clásicos.

— Pero entonces se va a acabar la Humanidad en muriendo tu esposa...; es decir, no quedará más hombre que tú..., que por ti solo no puedes procrear — vino a decir Jehová.

— Pues que se acabe. Yo quiero quedarme aquí.

Y salió Evelina, arrastrada por dos ángeles de guardia.

Renunció a describir el furor de la desdénada esposa al verse sola fuera del Paraíso. La Historia no dice de ella sino que vivió sola durante algún tiempo como pudo. Una leyenda la supone entregada

al feo vicio de Pasífae, y otra más verosímil cuenta que acabó por entregar sus encantos al demonio.

En cuanto al prudente Adambis, se quedó, por lo pronto, como en la gloria, en el Paraíso.

— ¡Ahora sí que es esto Paraíso! ¡Dos veces Paraíso! ¡Todo es mío, todo..., menos mi mujer!... ¡Qué mayor felicidad!...

Pasaron siglos y siglos, y Adambis llegó a cansarse del jardín amenísimo. Intentó varias veces el suicidio, pero fué inútil. Era inmortal. Pidió a Dios la traslación, y Judas fué transportado de la Tierra, según ya lo habían sido Enoch y algún otro.

Así fué cómo, *al fin*, se acabó el mundo, por lo que toca a los hombres.

✿ MURILLO

A Bartolomé Esteban Murillo lo apriscaron las mafias y asociaciones de malhechores del orapronobis, en la manada de Panurgo y sus carneros y caparras, para poner a rédito la finura lineamental y lo delicado de los nácares de la paleta del Betis. Además de sus ideas, que se trabucó; porque eran las de un discrepante consecuente y no las de un disco de gramófono, que suena con lo que le graban en la celulosa acetato. Sólo el hambre perra arrodilló al concepcionista ante los ídolos chinos; por los que le daban dinero; y cazcarrias beatas repartíanle alguna sonrisa musarañesca.

Murillo murió partiéndose el pecho, trabajando; con la cabeza destrozada, al caer del andamio con sus botes de visque, en una iglesia de Cádiz. Y esto dice más de él, que un eucologio de laudes huera. Y avergüenza la conducta de los embadurnadores de pared a tanto el metro; y de los murguistas de arrabal, enamoradores de caldosas, con que hoy defiende Moscú su paz podrida; ayudado por pintores de tartanas y una fetidez de fetos líricos.

El pueblo no pide requies de pagoda, no impagos. Necesita movimiento y agitación. Es decir: pan y justicia. Y que se quede el tío Sam, con su fútbol. Nada esperamos de logreros sin lucha, que tiran del alerón trasero de la levita a políticos, que son un veneno; y se desenjundian por pensiones y contratas, conseguidas sentándose debajo de la mesa de los millonarios.

Por censurables que se consideren las claudicaciones de Murillo, pintarrajeando execrables iconos

por Angel Samblancat

de iglesia, pensemos que redime sus culpas, como los imagineros del lignifabrismo andaluz, tomando los modelos de sus Madonas, en los ofendederos de Dios, que tupían media Sevilla o Sevilla y media; y escogía los de los inri-factos sudando sangre, entre los cortijanos de las viñas P, los changuadores de los muelles del Guadalquivir, los gitanos trianeros y los caballistas de Sierra morronga.

Las inmaculas murillas no nos dan un traslado fiel del talante de artífice tan egrégio. Aunque la que la sorna meridional conoce por «la Niña», es porque le halla parecido con la ventolera de los Peñes, por su modo de recogerse los briaes como para romper en tangos. La media luna que pisan los pies de esa impurísima, debe de antojarse a sus devotos un peinetón de carey. Y las palmas que sacuden querubes, las que jalean a una voltijanta al arrancarse por tientos o por «petreneras».

Murillo tiene admirables figuras femeninas, que salvan el alma de su genitor.

La Magdalena de la Academia de San Fernando es la absolución más frapante del pecado de amor, que se ha puesto contra el muro.

En la Anunciación del Museo provincial de Sevilla, a la ya no Virgen, se le escapan las manos para abrazar al ángel que le trae la buena nueva de la fertilización del vientre bendecido.

En la Maternidad del Metropolitan Museum de New York, el chiquillo le hurga a su madre los



Arte y Artistas

¿MERECE el arte poético de Juan Maragall un monolito? En todo caso el estro del gran lírico de las letras catalanas es de mal concebir sobre piedra picada o labrada. Pero Jaime Clavell no lo ha creído así y le ha dedicado su columna esculturada que emplazaría el día 5 de agosto de este año en lugar céntrico de la villa de Argentona, lugar donde el vate barcelonés iba alguna vez a tomar las aguas. Y como las aguas Maragall fue a tomarlas en diversos sitios de Cataluña, es de prever la plasmación del tema acuoso-maragalliano en diversas localidades ávidas de obtener, a costa de quien fue mayúsculo en poesía, un nuevo nú-

mero de fiesta mayor. Clavell ha servido bien al M. I. Ayuntamiento del Gran Argentona (pequeño no debe haberlo, puesto que con su oficial grandeza Argentona queda en déficit demográfico), ofreciendo en columna temas maragallianos en los que destaca lo bucólico, lo marino, los folklóricos, lo rústico, lo tradicional, lo mitológico, lo fontanero y lo alegórico, el todo — hay que decirlo — muy recargado, pero bien concebido.

Hay un «catalán de la Mancha» y un manchego catalán. Este, más efectivo que la creación literaria de Rusiñol, se apellida Palmero, habiéndose contaminado de escue-

la pictórica barcelonesa como el catalán del autor de «La bona gent» se contaminó de la tauro-maquía en la patria del Quijote.

Como todo buen manchego, Palmero se ocupó del gran tema cervantino en un «Entierro de Don Quijote», mural soberbio que figura en la Diputación de Ciudad Real, ciudad que vosotros llamáis libre y que ahora lo es tan poco como el resto de las poblaciones españolas.

La «contaminación» barcelonesa del manchego Palmero es el contraste social (no llega a socialista) que opone la miseria a la opulencia, la pobreza a la riqueza. Como si el tema lo amilanara Palmero recurre al engaño de la alegría cabaretera, despreocupada, la que no admite políticas ni fragores callejeros, de donde emergen las tranquilidades de artificio, de luciérnagas, faldas y abienta a la manera de Toulouse Lautrec y del propio Rusiñol, cliente el uno del «Moulin Rouge» y el otro del «Moulin de la Galette», en suma dos molineros sin más resultado «harinero» que sus celebradas producciones.

Pues Palmero ha recreado al Madrid conocedor y «dilettante» con un acopio de telas ocupándose de los jardines del Luxemburgo, el consabido «Café de la Paix», el abigarramiento mundanal de los bulevares, la visión (a lo Utrillo) de Montmartre y otros parisismos con damas exuberantes, soldados en colorines, «nurses» insinuantes y caballeros en hongo y bigotazo de seriedad comprometida. A la capital del oso y del madroño la apunta con un «Baroja en el café» y a Barcelona la recuerda con varias composiciones religiosas («Santa María del Mar» una de ellas) el todo bien expresado y rico de tonos aunque los «amateurs» de lo abstracto traten de discutir ese realismo de Palmero que, por serlo, se explica solo.

Otro artista de formación barcelonesa, Angel Ferrant, falleció en Madrid el 24 de julio próximo pasado víctima de una dificultad que le sobrevino a causa de un atropello sufrido hace algunos años. Ferrant terminó su rol de vida a la edad de 70 años, puede decirse que en pleno vigor de trabajo. Atrevido en su concepción artística, Ferrant en ningún caso abandonó la lógica; nunca tuvo producción de pesadilla, de ésa que linda entre la inocencia y la demencia. Gustaba calificar a su género de «escultura infinita», y también «conjuncional» por el empalme de un estilo con otro estilo, de una época con otra época, lo cual nos parece que se sustancia en una frase: evolución del arte. Ferrant fue el autor de los



relieves que figuran en el Mercado de Artesanía de Madrid y también de las figuras musicales que ilustran el frontón del Teatro Albéniz, también madrileño. Era particular en este artista el uso de instrumentos diversos en el ejercicio de la talla: cinces, punterolas, cortafíos, taladro eléctrico, martillos... entre un desideratum de maderos, cartones, chapas en hojalata, metal, etc.

Angel Ferrant había sido gran amigo del muralista José Luis Sert, figuró en Artistas Reunidos de la Exposición Internacional de Barcelona, constó en los grupos novedosos «Amics de l'art nou» y «Els evolucionistes». Había igualmente intimado con Picasso y con todas las notabilidades artísticas formadas en su añorada Barcelona.

Al morir, Ferrant ha dejado una producción escultórica cuantiosa, la mayor parte reflejando un humanismo conceptual cargado de emoción y brío.

Isabel Pons, catalana, le ha rendido pletesia a la Cibeles. En efecto, hace poco se trasladó a Madrid con su agradable impedimento de grabados, que ha expuesto a la curiosidad y al juicio de los madrileños. Por estar lejos la época no la han tratado de «rabassaire», incalificación debida — creemos — a que los visitantes se han sentido trasladados a la Luna en lugar de a la preocupante tierra de Rafael de Casanova. Ciertamente, Isabel en sus producciones se adelanta, se ensueña tristemente, dando estampa innegable pero con visos de irreal. Es un estilo, una profesión de fe que convence o no convence, pero que en la autora se afirma en arte seguro, segurísimo. — C., Barcelona.

CONTRIBUCION A UNA BIOGRAFIA

Raúl Carballeira

por Victor García

Precio: 1 NF. en esta Administración.

ANTIPANURGO

pechos bolchevicamente; con una fiebre freudiana de pello hecho y derecho, con inoculta sed de acrecentarse.

La Justa y la Rufina del venerado retablo son dos raisunas, tirando pacos a diestra y siniestra.

Pero, lo que nos entrega sin regateo la sustancialidad de Murillo, son «Celestina y la hija de la pitoflera, en la prisión» (Ermitage petersburgués); «Jovencita a la ventana», tirando hasta la cintura a la calle el cuerpo desnudo y fructuoso como un pera; y «Pupilas de un mesón de caridad», haciéndoles ojitos a los transeúntes, invitándolos a subir al carro.

Los rapaces de Murillo son los poemas de la infancia más cuajados, que falsonado ninguna cola de puerco (pínel).

«El Divino Pastor» convida de veras a balar entre sus humanos borregos. De «San Juan» con la concha y los sarmentales rizos, hallamos corto un regaderazo de moscatel, para que nos bautice.

Toda la arrapiecería del sevillano, arroyera, roba el corazón. No son criaturas del cielo fadongas, sino fados de la tierra esclavizada, sin apellido. Arcilla del lodazal público, que se la siente una piedra en la entraña. Véase el «Jesús del pajarito».

Hijos de pobre, vuelan a ras de tarugo con un andrajo de camisa; abierta hasta el ombligo la pernera del pantalón; llorando el cáñamo de los tirantes por el «pendentif» que les huyó; riéndose de la arritmia del calceiro, que constituyen un zapato y una alpargata, gratificados por la basura.

A éste lo despliega al sol su madre, rascándole y matándole los alicántanos con un cascote o con una curva de teja.

Dos golfillos de Vidal y Planas pican uvas como gorriones de prado; golosina expropiada a un hortelano criminal, que tiene las tapas de su plantel defendidas con vidrios de garrafón, cortantes y pinchantes como puñales.

Tres o cuatro más van a escote de un melón, que han coasechado en un estercolero, disputándose al abono de una granja.

Y todavía completan la galería de enternecedores miserables, la tropa de indigentes y limosneros, que se apiñan, lampándose de inedia, a las manos de Santo Tomás de Villanueva o de San Diego de Alcalá.

Concedámoslo, amigos míos y de la verdad. Casi todo lo que esta prodigiosidad de emoción no consagra, dijérase caramelo de verano, chicloso dentifrífico, goma de escupir sin mascar, frío aguaje de nevería.





A POESIA

CHEJOV



— 1 —

Desoladores tus héroes,
héroes forjados.
de bostezos,
de lágrimas,
y de desesperanzas.
La nieve,
el frío
y las sombras
son los ingredientes
de que están forjados.
Uno llora,
el otro bosteza,
y el tercero gime.
Lágrimas,
bostezos
y gemidos,
de nieve,
frío
y sombra.
Terribles héroes,
los tuyos.
Amasados con
lágrimas,
bostezos
y gemidos,
para recorrer
la ruta
entre nieves,
fríos y sombras.

— 2 —

Vida muelle,
sin ensueño,
sin nervio
ni pasión.
Callado, resignado,
transita por
el camino real,
sin buscar atajos
ni pendientes,
con un sol otoñal,
una lluvia fina
y fría
que hace temblar
al viandante sumergido
en tu paisaje
de fríos espectros.

Ismael Viadiu Ródenas

QUEBRACHO

En suelo rico, denso,
y generosamente
nutrido con el fósforo
que cedieron los múltiples cadáveres
de los hacheros
que yacen enterrados en la selva,
creces, quebracho.

Roja es tu carne como la mía, y rojo,
como la sangre de mis venas,
el jugo que de tu corteza extraen.
Yo me imagino casi
como pariente tuyo y quiero
con tu naturaleza sustanciarme.

Quando la hoja del hacha
hiere tu recio tronco,
es como si ese mismo filo
penetrara hasta el fondo de mi carne
abriéndola en sangrante herida roja.
Y cuando caes,
definitivamente derribado,
siento como si yo
me desplomara muerto.

Pero, aún caído,
como buen luchador, nunca te entregas
ni desintegra el curso de los años
la inmortal reciedumbre de tu cuerpo,
en tanto que mi roja carne
es pulpa putrescible y transitoria.

Hombre —me digo—
es necesario ser como el quebracho
que en su estatura vertical se afirma;
haz que tu carne se transforme en roca
y pon tu voluntad en una estrella.

León Federico FIEL



CAMUS

Oasis, oasis,
Camus, Camus.
El trayecto recorrido
ha sido difícil,
siempre entre
arena y arena,
y con el sol
implacable
sobre nuestras cabezas.
Mas de pronto,
sin espejismos,
te alcanzamos:
¡Oh, oasis!,
abrevadero
de agua prístina,
refrescante,
en este desierto
que es la vida nuestra.

Nada más y nada menos
que un oasis,
donde el exhausto
viajero reposa,
bajo la sombra
de tus palmeras,
para remozar
la fe y la esperanza
y poder seguir la marcha
hacia ese horizonte,
— siempre, hasta hoy,
lleno de arena y arena —,
hacia ese infinito
camino, que tú,
en tu corta caminata,
ya recorriste.

Ismael Viadiu Ródenas

HERMANO, VE A LA TIERRA

Hermano, ve a la tierra.
Tatúala de surcos.
Que tu sudor la torne
de erial en tálamo fecundo.

Ella pondrá en tu sangre envejecida
un renovado pulso.
Será como una amante:
calor vital y penetrante efluvio
de primavera tiene
su regazo desnudo.

Echa al boleo, hermano, la simiente,
como si fueras Dios sembrando mundos.
¡Por el don de tus manos,
cuna será la tierra y no sepulcro!

Hermano, ve a la siega.
¡Tuya será la gloria
Prolonga en hoz la fuerza de tus músculos.
de cosechar el sol en áureos frutos!

Después vendrá la fiesta de la trilla.
Bajo un temblor de cascos inseguros
redoblarán los parches de las eras,

desde el alba al crepúsculo.
Y aventarás el trigo polvoriento
en las heladas ráfagas de junio.

Hermano, ve al molino.
Ese patriarca músico
—copla de piedra y agua
en natal contrapunto—
demolerá cantando
el trigo del terruño,
con el pan de tu harina, paz y júbilo.

Hermano, da a tu pueblo.
¡Tu primera moneda será un beso
escurrido del sol hasta tus puños!

Octavio Campero Echazú



El Canadá, un país desconocido

Profesor Carlos M. RAMA

LOS latinoamericanos no hemos dado hasta la fecha la importancia que corresponde a nuestras relaciones con el Canadá. Corresponde sin embargo ampliarlas por cuanto el Canadá integra nuestro continente, es uno de los países más adelantados del mundo y tiene afinidades importantes con nuestra cultura histórica.

Este país es por su superficie (9.960.555 kms. cuadrados) el segundo del mundo, pero de sus diez provincias y dos territorios nacionales, la mayor parte está cubierta de lagos y ríos (un tercio del agua dulce de todo el mundo está en Canadá), grandes bosques o zonas inhóspitas para el hombre. En 1957 se estimaba la población de Canadá en unos 16 millones de habitantes, pero de orígenes bien distintos. Un 47 por 100 son procedentes de Gran Bretaña, un 30 por 100 es la población de lengua francesa y el resto emigrantes más recientes (alemanes, ucranianos, escandinavos, y holandeses).

Los franco-canadienses constituyen uno de los grupos humanos más curiosos del Nuevo Continente. Proviene de la colonización francesa del siglo XVIII, que dio como resultado el surgimiento de ciudades de la importancia de Quebec y Montreal, y la penetración a lo largo del valle del Misisipi con la creación de la Luisiana francesa y su capital Nueva Orleans en el Golfo de México. Este imperio colonial francés-americano termina con la Guerra de los Siete años y en 1763 debe

Francia ceder el Canadá a los ingleses.

Esa población de lengua francesa ha mantenido expresión, religión y costumbres, a pesar de estar prácticamente aislada y rodeada de gentes de origen inglés. Ya Arnold J. Toynbee ha llamado la atención sobre sus características originales, y en especial su poderosa expansión demográfica. Se calcula que cada 25 años se duplica la población total de la región francesa de la provincia de Quebec. Dominados política y económicamente, estos franco-canadienses tienen una tendencia a la expansión que les ha llevado a sobrepasar incluso las fronteras provinciales y se los encuentra en las provincias canadienses vecinas y el norte de los EE. UU.

Por su parte el poblamiento inglés ha dado nacimiento a ciudades muy importantes como Toronto, la metrópoli industrial del centro del país, capital de la provincia de Ontario con 5.400.000 habitantes y productora de la mitad de los artículos industriales del país. Recientemente se han desarrollado las regiones correspondientes a las praderas fértiles del centro del país, y la costa del Pacífico, que se han convertido en la residencia por excelencia de una emigración casi masiva que ha propiciado el gobierno canadiense en los últimos años. Sistemáticamente se han colonizado esas regiones con holandeses, alemanes, escandinavos, etc., pasando de 200.000 habitantes en 1891, a los 2.800.000 que posee en la actualidad.

Si bien es cierto que solamente un sexto del país es apto para la agricultura y la ganadería, en cambio posee Canadá recursos fabulosos en materia de minerales (nickel, amianto, zinc, plomo, uranio, cobre, oro, etc.) Es asimismo tradicional la importancia de los bosques que ocupan un tercio de la tierra canadiense, y la pesca, especialmente en la costa del Labrador y Terranova. Pero en cambio se ignora a menudo que Canadá se ha convertido, en los últimos años, en una de las potencias industriales más grandes del mundo, y que ha cumplido en la última generación, una revolución industrial tan rápida como la Unión Soviética. Como efecto de las guerras mundiales, y de grandes inversiones de capitales ingleses y estadounidenses, se ha iniciado la elaboración de las materias primas del país y la utilización de sus enormes recursos en energía.

Canadá tiene ahora más industrias que toda la América Latina reunida, y una provincia secun-

daria como Columbia Británica, posee una producción industrial superior a la de Argentina y Uruguay reunidos.

El país ocupa asimismo el primer lugar del mundo por su producción de papel de diarios, y de metales elaborados como amianto, platino y nickel. Está en segundo lugar por su producción manufacturada de aluminio, oro, zinc, uranio y energía hidroeléctrica, y en tercer lugar en maderas, y cuarto en trigo, cobre y plata.

Recientemente la maquinaria industrial canadiense ha comenzado a exportarse, de acuerdo con una reciente evolución que ha llevado el monte de la producción nacional bruta, de 12.000 millones de dólares (en 1943) a 26.000 millones en 1955.

Esto ha traído grandes cambios en la sociedad canadiense. Ha dejado de ser un país rural para urbanizarse. Montreal tiene 1.394.000 habitantes y Toronto 1.350.000, aparte de grandes ciudades como Quebec, Winnipeg, Vancouver, etc.

En el año 1936 la población rural se había reducido a solamente 3.000.000 para un total de 16.000.000 de habitantes, o sea un 66 % vivían en ciudades, dedicados especialmente a la industria, el comercio o la administración.

Los beneficios de la urbanización han transformado las costumbres del Canadá rural, incluso el país de lengua francesa, y se han desarrollado las actividades intelectuales. Hay actualmente prestigiosas universidades como las de Laval y Montreal (de lengua francesa), e inglesas como Mc Gill, Toronto, British Columbia, etc. La prensa, igualmente escrita en inglés y en francés, está muy difundida, y las actividades editoriales — a pesar de la competencia de la producción inglesa o estadounidense — tiene una importancia creciente. El manejo de esa doble tradición cultural, latina por los franceses de la provincia de Quebec, y anglosajona para el resto del país, le ha dado a Canadá un instrumento intelectual de primera fuerza para abocarse con provecho a las tareas intelectuales, y sus especialistas poseen una originalidad digna de mención.

Las investigaciones en el terreno científico, el desarrollo de las artes plásticas, la técnica administrativa, son pruebas de valor en la labor cotidiana de la intelectualidad canadiense.

La especial integración de la sociedad canadiense, ha suscitado problemas sociales originales, ha

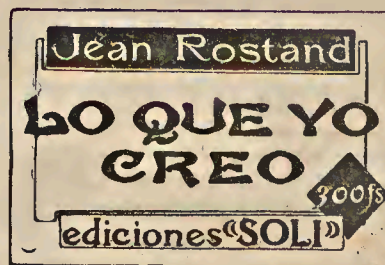


promovido estudios científicos meritorios y merecido una legislación adecuada.

En las provincias cerealeras de Manitoba y Saskatchewan, cuya población es muy heterogénea desde hace más de treinta años predomina el Partido Socialdemócrata Cooperativista, afiliado a la Segunda Internacional. Allí existe una verdadera Escandinavia americana, que en la medida de sus posibilidades locales, intenta un estilo de vida progresista, con una amplia legislación social avanzada.

Aparte de esos aspectos locales, en Canadá hay diversas instituciones sociales dignas de mención, como ser la legislación sobre el equivalente, por ejemplo, de las asignaciones familiares del Uruguay, o la difusión de la escuela primaria, que permite superar en menor porcentaje de analfabetos a todos los países americanos con excepción de los EE. UU.

Adviértase que nuestro desconocimiento del Canadá contemporáneo, es paralelo a la falta casi absoluta de noticias que tienen los canadienses de la América Latina. Por razones históricas y políticas sus contactos se realizan principalmente con Inglaterra, Estados Unidos y Francia, pero lamentablemente — y a pesar de muchos y buenos propósitos — se desconoce América Latina. Posiblemente en los próximos años cambiará esta situación en beneficio del mejor conocimiento de los pueblos americanos.





NACIONALISMO

de policía, juez, guardián de prisiones y recaudador de impuestos. El Estado, ese Moloch con rasgos espantosos, lo ve hoy todo, lo hace todo, lo controla todo y lo arruina todo. Cada función estatal es una desgracia. Una desgracia el arte del Estado, la navegación del Estado, el abastecimiento estatal, y la letanía podría proseguir hasta lo infinito... Si los hombres tuvieran sólo un pálido presentimiento del abismo hacia el cual se dirigen, crecería la cifra de los suicidios, pues vamos a aniquilamiento completo de la personalidad humana. El Estado es aquella terrible máquina que devora seres vivientes y los escupe luego como cifras muertas. La vida humana no tiene ya secretos, no tiene intimidad, ni en lo material ni en lo espiritual; todos los rincones han sido registrados, todos los movimientos medidos; cada cual es encerrado en su oficio y remunerado como en una prisión...

En numerosas, brillantes, sinceras y bien meditadas páginas el sabio teutón demuestra, terminantemente, que la dominación política aspira siempre a la uniformidad y que todo poder supone alguna forma de esclavitud humana, haciendo sólo de los hombres máquinas vivientes y serviles, anulando y matando, al final, el carácter, la personalidad del hombre, su libertad y todas las formas y expresiones superiores de la cultura. El profesor Rocker comprueba que el Estado fué, desde el comienzo de la historia, sólo la energía paralizadora que miró siempre, con «manifiesta hostilidad», cualquier forma superior de cultura. «Poder y cultura, dice, en el más profundo sentido, son contradicciones insuperables», agregando que «un poderoso aparato de Estado es el mayor obstáculo a todo desenvolvimiento cultural». Allí donde mueren los Estados o es restringido a un mínimo su poder, es donde mejor prospera la cultura. Y por eso, la mejor forma de gobierno, como lo he demostrado en varios libros, para Bolivia, hace tiempo, es el federalismo y la descentralización, la autonomía de las regiones, la unidad en la variedad, la cada vez menor influencia de poderes absolutos y secantes, que permitieron precisamente cuando se hicieron sentir menos, la formación de grandes naciones en la antigüedad y florecientes culturas en el curso de la Historia.

Esto mismo lo demuestra, también, el sabio alemán con el caso del milagro griego, con el milagro judío, con el famoso Imperio romano, con todas las manifestaciones culturales de la historia, agregando que la cultura, en todas partes y en todos los tiempos, sólo ha sido el producto de una

minoría selecta y nunca de las densas masas, municipales y espesas, y menos aún de los políticos y militares dominadores que crean esos Estados imperialistas y totalitarios que absorben, como pulpos y cánceres voraces, todas las actividades humanas para someterlas a su control riguroso, absorbente y secante...

La cultura, afirma el profesor Rocker, jamás ha sido creada con un decreto, por obra de unos cuantos políticos y el Estado. Ella se crea a sí misma y surge espontáneamente de las imperiosas necesidades de los seres humanos y de su cooperación social. Ningún gobernante, agrega con acierto, «pudo ordenar a los hombres que formasen las primeras herramientas, que se sirviesen del fuego, que inventasen el telescopio, la máquina de vapor o versificasen «La Iliada». Los valores culturales no brotan por indicaciones de instancias superiores, no se dejan imponer por decretos ni vivificar por decisiones de asambleas legislativas».

Además, el valioso libro demuestra una cosa, para muchos fundamental: que la dominación política aspira siempre a la uniformidad, a medirlo todo con la misma medida. En su estúpido intento de ordenar y dirigir todo proceso social, de acuerdo con determinados principios, procura someter todos los aspectos de la actividad humana a un cartabón único. Con ello, dice Rocker, «incurre en una contradicción insoluble con las fuerzas creadoras del proceso cultural superior, que pugnan siempre por nuevas formas y estructuras, y, en consecuencia, están tan ligadas a lo multiforme y diverso de las aspiraciones humanas como el poder político a los cartabones y formas rígidas.»

Por eso afirma el sagaz escritor que, entre las pretensiones políticas y económicas de dominio de una minoría privilegiada y ávida de poder y las nobles manifestaciones culturales del pueblo, existe siempre una lucha intensa que jamás podrá reconciliarse y fusionarse. Esto ya lo había visto claramente ese genio formidable que era Federico Nietzsche, cuando escribió: «Nadie puede dar más de lo que tiene: esto se aplica a los individuos como a los pueblos. Si se entrega uno al poder, a la gran política, a la economía, al tráfico mundial, al parlamentarismo, a los intereses militares; si se entrega el tanto de razón, de seriedad, de voluntad, de autosuperación que hay hacia ese lado, falta del otro lado. La Cultura y el Estado — no hay que engañarse al respecto — son antagónicos; «Estado cultural» es sólo una idea moderna. Lo uno vive de lo otro, lo uno prospera a

HACE muchos años el erudito profesor alemán Rodolfo Rocker publicó un interesante libro bajo el sugestivo título de «Nacionalismo y Cultura», para demostrar lo absurdo e inconsistente de las doctrinas nazi-fascistas que esos días venían imperando, no sólo en Alemania envenenada par Hitler sino en varias partes del mundo.

Leyendo el sugestivo libro del sabio alemán, se comprueba que gran parte de los males que hoy afligen al mundo, provienen desde el día en el cual el materialista Hobbes proclamó, como soberana verdad el terrible postulado de que el hombre es malo por naturaleza (homes, homini lupus).

Partiendo de esta brutal aserción de que el hombre es una bestia innata, excitada sólo por instintos egoístas y diabólicos, sin ninguna consideración para su prójimo, el filósofo inglés afirmaba que sólo el Estado podía poner fin a esa condición de «guerra de todos contra todos.» Desde entonces, como había imaginado y querido el autor del diabólico «Leviatán», el Estado se convirtió en un providencia terrestre cuya mano ordenadora y punitiva impidió que el hombre cayese en el abismo de la más desoladora bestialización. De ese modo, el Estado fué, según Hobbes, el verdadero creador de la cultura: impulsó a los hombres con fuerza férrea a una etapa superior de su existencia, por mucho que repugnara a su naturaleza íntima.

Al contrario de lo que suponía Hobbes, el profesor Rocker, a lo largo de las densas y medulares páginas de su hermoso y bien documentado libro, demuestra precisamente que nada más absurdo e insostenible que esa inconsistente fábula del papel cultural del Estado y menos aún de esos monstruosos Estados totalitarios que, en su ilimitado e insaciable afán de dominio, no sólo son los más furiosos enemigos de toda manifestación de cultura sino que acaban siempre absorbiendo todo en sus fauces voraces, devorando y

matando lo más noble ypreciado que tiene el hombre: su libertad y el desarrollo armonioso de su personalidad.

Leyendo el sugestivo e impresionante libro del magister tudesco, se llega a la conclusión que la política y los falsos políticos, en todas partes del mundo y en todos los tiempos, partiendo de los mendaces y monstruosos principios materialistas de Hobbes, en lugar de crear cosa alguna — fuera de efímeros Estados que pasan en el gran teatro de la historia, «como las nubes, como las sombras» — sólo destruyen y envenenan cuanto tocan, ya que el poder no ha sido nunca creador, sino infecundo y pura rutina, sediento apenas de servilismo, de dominio opresor y secante.

Como había escrito Mussolini, cuando era un apasionado defensor de las ideas liberales, antes de traicionarlas para convertirse en el efímero creador del Fascio italiano: «Con su monstruosa máquina burocrática el Estado da la sensación del sofocamiento. El Estado era soportable para el individuo mientras se contentaba con ser soldado y policía, pero hoy el Estado lo es todo: banquero, usurero, propietario de casas de juego, naviero, rufián, agente de seguros, cartero, ferroviario, empresario, maestro, vendedor de tabaco e innumerables cosas más, además de sus funciones anteriores

Y CULTURA

por Federico Avila

costa de lo otro. Todas las grandes épocas de la cultura son tiempos de decadencia política; lo que es grande en el sentido de la cultura, es apolítico e incluso antipolítico.

Y el profundo místico Lao-Tsé, había escrito, hace muchos siglos, esta profunda y eterna verdad: «Gobernar de acuerdo con la ruta es gobernar sin violencia: produce en la comunidad un efecto de equilibrio. Donde hubo guerra crecen las espinas y surge un año sin cosecha. El que es bueno no necesita violencia, no se arma de esplendor, no se jacta de fama, no se apoya en su acción, no se fundamenta en la severidad, no aspira al poder». Y el sabio chino agrega estas certeras palabras: «El hombre perfecto evita el placer de mando, evita el atractivo del poder, evita el brillo del poder»...

Y evita y huye conscientemente de estos espejuelos, porque sabe que la cultura, ansia continua de renovación de todo impulso creador, suprema necesidad de mayor perfección y de más honda espiritualización, es siempre creadora, busca nuevas formas de expresión, es como el follaje de la selva tropical cuyas ramas tocan la tierra y echan sin cesar nuevas raíces. En cambio el poder, no es nunca creador, sino infecundo. Se aprovecha sencillamente, dice Rocker, de la fuerza creadora de una cultura existente para encubrir su desnudez y darse jerarquía. «El poder es siempre un elemento negativo en la historia que se adorna con plumaje extraño para dar a su impotencia la apariencia de fuerza creadora». Como había escrito Nietzsche: «El Estado miente en todas las lenguas de lo bueno y de lo malo; y, hablo lo que quiera, miente, y, cualquier cosa que tenga, la ha robado. Falso es todo en él, muerde con dientes robados, el mendaz. Son falsos incluso sus intestinos»...

El profesor Rocker termina uno de sus más hermosos capítulos de su libro, «El poder contra la cultura», con estas sugestivas y terminantes palabras: «El poder actúa siempre destructivamente, pues sus representantes están siempre dispuestos a encajar por fuerza todos los fenómenos de la vida social en el cinturón de sus leyes y a reducirlas a una determinada norma. Su forma espiritual de expresión es un dogma muerto; su mayor manifestación física de vida es la violencia brutal, la ausencia de espíritu en sus aspiraciones e imprime a la persona de su representante su sello y lo vuelve paulatinamente inferior y brutal, aunque tenga por naturaleza los mejores dotes. Nada achata al espíritu y al alma de los hombres como la monoto-

nía eterna de la rutina; y, el poder es sólo rutina.»

Y el sabio profesor alemán demuestra que, desde que el demoníaco Hobbes concibió su satánico «Leviathan», los políticos no han hecho otra cosa, llevados de su sed insaciable de dominio y de mando, que absorber en el Estado totalitario todas las más nobles energías humanas, devorándolo y destruyéndolo todo, hasta matar y ahogar al hombre, a la parte más noble del hombre, que es su personalidad y su libertad. El Estado, afirma Rocker, es el elemento estéril de la sociedad, sin fuerzas creadoras de ninguna clase, mientras la cultura encarna la voluntad fecundante, el ímpetu creador, el instinto de realización que busca la forma de realizarse. Y mientras el Estado, para la humanidad, es el individuo, la cultura es como el instinto de reproducción que conserva la vida de la especie. El individuo muere, la sociedad no. «Los Estados sucumben; las Culturas sólo cambian el escenario de su actividad y las formas de su expresión».

Pero lo que más impresiona, leyendo el hermoso libro del profesor alemán, son aquellas páginas en las cuales el sabio hace resaltar el odio y la guerra sordida e irreconciliable entre el Poder y la Cultura y los representantes de ambas fuerzas: los intelectuales y los políticos. El Estado, dice, sólo se muestra favorable a aquellas formas de acción cultural que favorecen la conservación de su poder. Por eso persigue con odio satánico toda manifestación cultural que va más allá de las barreras por él trazadas y pueden poner en litigio su existencia. Por eso es tan absurdo como engañoso, hablar de una «cultura del Estado», pues el Estado vive siempre en pie de guerra contra todas las formas superiores de la cultura espiritual y actúa siempre en una dirección que la voluntad creadora de cultura elude forzosamente.

La demostración más terminante que hace el profesor Rocker es aquella de que la cultura no puede llamarse *nacional*. El sabio tudésco demuestra que el misterio y el milagro de la cultura no es el producto de un solo individuo, de un solo pueblo determinado y elegido, menos de una nación privilegiada, puesto que cualquier manifestación de la cultura, ya sea científica, religiosa, social, artística, filosófica, económica, es el resultado de una generosa y noble colaboración de todos los hombres superiores, de todos los pueblos, de todas las naciones civilizadas.

No en balde el gran Goethe había escrito: «Pero en el fondo de todos nosotros somos seres colectivos, no obstante tener nuestro

propio ser. ¡Cuán poca cosa es, en efecto, y cuán poco nuestro aquello que, en el sentido exacto de la palabra, podemos llamar propiedad nuestra! Hácenos falta recibir y aprender, tanto de los que nos precedieron como de nuestros contemporáneos. Incluso el genio más grande no progresaría si pretendiese confiar sólo en sus propios recursos. Sin embargo hay muchos que no quieren comprender esta verdad y pasan la mitad de su vida palpando en las tinieblas con sus fantasías de originalidad. He conocido artistas que blasonaban de no haber tenido maestro y decían deberlo todo a su propio genio. ¡Insensatos! ¡Como si todo lloviese de arriba! ¡Como si el mundo entero no empujase y guiase todos sus pasos y no se sirviese, incluso, de ellos, a pesar de su necesidad! Permítaseme hablar de mí mismo y con toda modestia, decir lo que siento. Es verdad que durante mi larga vida, he realizado más de una cosa de que podría jactarme; pero si quiero ser sincero, ¿qué hubo que fuese en realidad personalmente mío sino la capacidad y el deseo de ver, de oír, de discernir y escoger y animar con algo de espíritu lo que había visto y oído, para reproducirlo luego con cierta habilidad? No es en absoluto, a mi propio saber, a quien debo mis obras, sino a millares de cosas y personas extrañas a mí, que me han proporcionado los materiales para ellas. Sabios y necios, espíritus claros y espíritus obtusos, la juventud, la infancia y la edad madura, todos me han confesado su modo de ver y de pensar, y me han manifestado como vivían y cómo trabajaban y qué caudal de experiencias habían atesorado. No me cabía, pues, otra cosa que tomar y cosechar lo que otros habían sembrado para mí. En el fondo, es una especie de locura el preguntarse si tiene uno de sí mismo lo que posee o si lo ha recibido de otros. Lo esencial es estar en posesión de una gran voluntad y de una habilidad y perseverancia necesarias para realizarlas; lo que no sea esto no tiene importancia.»

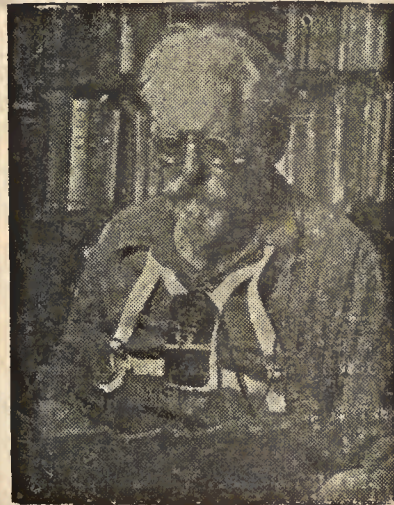
Pero la más certera y bien documentada demostración del erudito profesor alemán, es aquella pretenciosa y absurda de suponer siquiera que exista eso que tan arbitrariamente se llaman *culturas nacionales*.

Después de demostrar — hasta el cansancio — que no hay razas puras y menos superiores, pueblos elegidos, lenguas aisladas e incontaminadas, culturas cerradas que, como pretendía Spengler, son como organismos vivientes que nacen, crecen, proliferan y mueren, en determinados paisajes políticos, prueba, al contrario, que

cualquiera manifestación de la cultura, por insignificante que sea, es el resultado del esfuerzo del genio creador, de la sagaz colaboración de varios hombres, pueblos y naciones, cada uno de los cuales ha contribuido, con su grano de arena, al desarrollo y perfeccionamiento de la cimerá obra total, única y eterna.

El profesor Rocker escribe al respecto: «Así como en la naturaleza la lucha brutal que se libra con uñas y dientes, no es la única forma de afirmación de la vida, pues junto a esta forma ruda hay otra, y mucho más eficaz, la lucha por la existencia, que halla su expresión en la agrupación social de las especies más débiles y en su apelación a la ayuda mutua, así la cultura conoce también formas distintas de actividad humana de la vida que hacen aflorar sus aspectos más primitivos y más delicados. Y del mismo modo que en la naturaleza aquella segunda especie de lucha por la existencia es mucho más beneficiosa para la conservación del individuo y de la especie que la guerra brutal de los llamados fuertes contra los débiles — un hecho que se desprende bastante claramente del retroceso significativo de aquellas especies que no practicaron la vida social y que debieron contar sólo con su superioridad puramente física en la lucha con el ambiente — así triunfa también poco a poco en la vida social de la humanidad la forma superior del desarrollo espiritual y psicológico sobre la fuerza bruta de las instituciones políticas de dominación, que hasta aquí sólo han obrado paralizadamente sobre toda formación cultural superior.»

«Pero si la cultura no es otra cosa que una continua superación de los procesos naturales primitivos, de las aspiraciones políticas de dominio dentro de la sociedad que constriñen el proceso vital del



Rodolfo Rocker

NACIONALISMO Y CULTURA

hombre y someten su actividad creadora a la coacción externa de formas rígidas, entonces, según su existencia interna, es en todas partes la misma, a pesar del número creciente y de la diversidad infinita de sus formas especiales de expresión. Por eso la noción de la supuesta existencia de culturas puramente nacionales de las cuales cada una en sí constituye un todo cerrado, que entraña las leyes de su propio origen, no es tampoco más que un hermoso anhelo que no tiene nada de común con la realidad de la vida. Lo único que sirve de base a toda cultura es infinitamente más grande que la diversidad de sus formas exteriores, que en gran parte son determinadas por el ambiente. Toda cultura procede del mismo impulso y tiende, en lógica consecuencia, a los mismos objetivos. Comienza en todas partes, primero con su acción civilizadora que opone barreras artificiales a la naturaleza cruda, indomada, lo que permite al ser humano satisfacer sus necesidades perentorias más fácil y libremente. De ahí surge luego, de una manera espontánea, la aspiración a una conformación superior y a una espiritualización de la vida individual y social, que arraiga hondamente en el sentido social del hombre y ha de ser considerada como la fuerza impulsora de toda cultura superior. Si se quiere formar uno un cuadro claro sobre la estructura y las interrelaciones de los diversos grupos humanos con lo que llamamos cultura, se podría emplear el siguiente símil:

»El océano se extiende con su amplitud infinita y aprisiona con sus húmedos brazos los continentes. Sobre la vasta superficie irradia y caldea el sol, y el agua evaporada se eleva lentamente al cielo en impulso eterno. Se forman nubes en el firmamento y marchan, impulsadas por el viento, hacia la tierra. Hasta que su plenitud se descarga y cae la lluvia fructificadora. En millones de lugares se reúnen las gotas en el seno de la gran madre de toda la vida, y purificadas brotan de nuevo a la superficie en incontables fuentes. Aparecen arroyos que cortan el país en todas direcciones, se agrupan y forman ríos y torrentes. Y éstos llevan sus aguas nuevamente al mar, al que, en última instancia, deben su existencia. Desde tiempos inmemoriales se realiza esa circulación con la misma seguridad irresistible, inmutable, como la vida entera en la tierra, continuará efectuándose en lo sucesivo indefinidamente, mientras las condiciones cósmicas de nuestro sistema planetario sean las mismas.

»No otra cosa ocurre con la creación cultural de los pueblos, con toda actividad creadora del individuo. Lo que denominamos en general cultura no es, en el

fondo, más que una gran unidad del devenir, que lo abarca todo, que se encuentra en transformación incesante, interrumpida y se manifiesta en incontables formas y figuras. Es siempre y en todas partes la misma impulsión creadora que acecha la oportunidad de expresarse, sólo que la expresión es distinta y se ajusta al ambiente especial. Como toda pequeña fuente, todo arroyo, todo río, están ligados al mar, con cuyas olas se mezclan siempre nuevamente, así todo círculo cultural no es más que una parte de la misma unidad que lo abarca todo, de la que extrae sus fuerzas más profundas y originarias, a cuyo seno vuelve su propia acción creadora. Los arroyos y los ríos son como las innumerables formas culturales que se sucedieron o que han coexistido en el curso de los milenios. Todas tienen su raíz en la misma fuente primaria, a la que están ligadas en lo más profundo, como todas las aguas con el mar.

»La reforma cultural y la fructificación social se producen siempre que entran en estrecho contacto diversos pueblos y razas. Toda nueva cultura es iniciada por semejante confluencia de diversos elementos étnicos y recibe de ella su forma particular. Es muy natural, pues, que sólo por las influencias extrañas, nacen nuevas necesidades, nuevos conocimientos, que pugnan continuamente en todos los dominios de la actividad cultural por adquirir formas y expresión. Querer mantener la «pureza» de la cultura de un pueblo mediante la extirpación sistemática de las influencias extranjeras — un pensamiento que se defiende con gran pasión hoy por los nacionalistas extremos y por los partidarios de las doctrinas racistas — es tan antinatural como infecundo y sólo muestra que esos extraordinarios soñadores de la autarquía cultural nórdica no han comprendido el hondo sentido del proceso cultural. Esas ideas caricaturescas tienen aproximadamente la misma significación que el persuadir a un hombre de que sólo puede alcanzar el grado supremo de su virilidad excluyendo de la esfera de su vida a la mujer. El resultado sería en ambos casos el mismo. La nueva vida brota sólo por la unión del hombre y la mujer. También una cultura nace solamente o es fecundada de nuevo por la circulación de sangre fresca en las venas de sus animadores. Como nace el niño de la unión de dos seres, así surgen nuevas formas culturales por la fecundación mutua de pueblos diversos y por la penetración y comprensión espiritual de las adquisiciones y capacidades extranjeras. Hace falta una dosis singular de estrechez mental para imaginar que se puede privar a un país entero de las influen-

cias espirituales de círculos culturales más vastos, hoy, cuando los pueblos están expuestos, más que nunca, a una complementación recíproca de sus aspiraciones culturales.

»Pero aun cuando existiese la posibilidad de llegar a ese resultado, no se produciría en tal pueblo, en modo alguno, un instrumento de su vida cultural, como se figuran singularmente los representantes máximos de la autarquía cultural. Todas las experiencias hablan más bien de que ese aislamiento llevaría a una decadencia general, a un lento languidecimiento de su cultura. Con los pueblos, en este aspecto, no ocurre de otro modo que con las personas. ¡Qué pobre sería el ser humano si hubiera tenido que depender, en su desenvolvimiento cultural, simplemente de las creaciones del propio pueblo! Aparte del hecho de que no se puede hablar de esa posibilidad, pues aun el más sabio no sería capaz de establecer con seguridad qué parte de los bienes culturales de un pueblo ha sido conquistada de un modo realmente independiente o fué adquirida de otros en una u otra forma.

»Pues la cultura interior de un hombre crece en la medida en que adquiere la capacidad de apropiarse las conquistas de otros pueblos y de fecundar con ellas su espíritu. Cuanto más fácilmente consigue eso, tanto más elevada es su cultura espiritual, tanto mayor derecho tiene al título de hombre de cultura. Se hunde en la suave sabiduría de Lao-Tsé y disfruta de la belleza de la poesía védica. Se abren ante su espíritu las maravillosas leyendas de las «Mil y una noches» y con íntima delicia gusta los proverbios del alegre cantador Omar Khayyam o saborea las estrofas majestuosas de Firdusi. Su alma se templea en la profundidad del libro de Job y vibra en el ritmo de la «Iliada». Ríe con Aristófanes, llora con Sófocles, lee con placer las ocurrencias graciosas de «Asno de Oro» de Apuleyo y escucha con interés las descripciones de Petronio sobre las condiciones de la Roma decadente. Con el maestro Rabelais entra en los pórticos ornamentales de la feliz abadía de Thelema y deambula con François Villon junto a Rubinstein. Trata de comprender el alma de Hamlet y se regocija con el placer de la aventura de Don Quijote. Penetra en los horrores del infierno de Dante y deplora con Milton el Paraíso perdido. En una palabra, en todas partes está como en su casa y aprende, por tanto, a apreciar más justamente el encanto del propio terruño. Examina con mirada imparcial los bienes culturales de todos los pueblos y abarca cada vez más hondamente la gran unidad de todos los procesos espirituales. Y esos



bienes no se los puede robar nadie; están por encima de la jurisdicción de los gobiernos y escapan a la voluntad de los poderosos de la tierra. Es cierto que el legislador puede cerrar al extranjero las puertas de su país, pero no puede impedir que aquél haga uso de los tesoros del pueblo extranjero, de su cultura espiritual, con la misma naturalidad que cualquier nativo del país.

»Aquí está el punto en que se puede reconocer más claramente la inmensa significación de la cultura frente a todas las limitaciones político-sociales. Porque la cultura desata los lazos que impuso a los pueblos el espíritu teológico de la política. En este sentido es revolucionaria en lo más profundo de su esencia. Nos dejamos llevar a hondos consideraciones respecto a lo efímero de toda existencia, y comprobamos que todos los grandes imperios que jugaron en la historia un papel dominante mundial, fueron condenados inapelablemente a la decadencia en cuanto treparon a la «cima suprema de su cultura». Toda una serie de historiadores afamados sostienen incluso que se está aquí ante los efectos inevitables de una determinada ley a que estaría sometido todo proceso histórico. Pero ya el hecho de que esa decadencia o ruina de un imperio no equivale en modo alguno a decadencia de una cultura, puede servirnos de índice sobre dónde hay que buscar las verdaderas causas de la ruina. Una forma política de dominación puede sucumbir sin dejar tras sí ni la más remota huella de su existencia. Con una cultura no ocurre lo mismo. Puede marchitarse en un país, cuando es perturbada por algún motivo en su crecimiento natural; pero en ese caso busca nuevas posibilidades de desenvolvimiento, abraza poco a poco otros dominios y fecunda allí gérmenes fuera de su viejo círculo de acción que esperaban en cierto modo la fecundación. Así aparecen nuevas formas del proceso cultural, que se diferencian sin duda de las viejas, pero que, sin embargo, entran en sus fuerzas creadoras. Los conquistadores macedonios y romanos pusieron fin a la independencia política de las pequeñas ciudades-repúblicas griegas, pero no pudieron impedir que la cultura griega se trasplantara hacia el interior de Asia, creciera en Egipto en una nueva floración e incluso fecundara espiritualmente a Roma misma.» ● Seguirá ●

Glosas de ayer y de hoy

HOY tenemos el gusto de presentar estas tres impresiones periodísticas de nuestro querido amigo y excelente colaborador Luis di Filippo, residenciado en las lejanías de Santa Fe, una de las provincias centrales de la Argentina.

Hombre de profundo pensar, estilista admirable, tanto convence en sus análisis, en las descripciones, como en los comentarios donosos. En estos tiempos precipitados tan propicios a la irritación y a la intolerancia, la ironía bonachona, la crítica suave y provechosa de Filippo se nos antoja fuente de sosiego en páramo social poblado de imposibilidades y desesperos.

Vaya al lector la siguiente lectura, que el autor ofrece desde su libro «La antena hechizada».

Prestigio del libro

Las gentes que hoy contemplan con cierta indiferencia las vidrieras de las librerías repletas de libros, no sospechan lo que significaba hace siglos poseer algunos volúmenes. Algún día se escribirá la historia del libro y seguramente nos resultará más interesante que muchas novelas y más sugestiva que las mejores biografías noveladas. Ahora la abundancia, la excesiva abundancia de libros, induce a muchas gentes a no estimar la jerarquía de este producto. Un almacén de libros es visto con la mirada resbaladiza y superficial, casi tangencial, con que miramos distraidamente un almacén de comestibles, de zapatos, de electricidad o de implementos agrícolas.

El libro ha perdido su antiguo prestigio. Estamos muy lejos del año 885 de nuestra era, en que Lupus, abad de Ferrières, envió a dos monjes a Roma para solicitar del papa Benedicto III copias de las instituciones de Quintiliano y de las oraciones de Cicerón, porque en toda Francia no había ejemplar completo de esos libros. En el año 790, Carlomagno dio al convento de St. Swithin derecho ilimitado de caza para que los monjes dispusieran de todos los cueros necesarios para las encuadernaciones. En el año 1300 toda la biblioteca de Oxford consistía solamente en unos cuantos libros que estaban encadenados en el coro.

Notable fue lo que aconteció al rey de Francia en 1471, Luis XI quiso que la Facultad de Medicina de París le prestara las obras del médico árabe Rasis. Pero no le fue fácil conseguirlas. No sólo tuvo que entregar una considerable cantidad de oro en prenda, sino que uno de sus cortesanos permaneció en rehenes durante todo el tiempo que el soberano conservó el libro en su poder. Este episodio es muy significativo. Demuestra que en aquellos tiempos, un libro valía para la Facultad lo que un cortesano para un rey; aunque desde luego, para los sabios lectores un cortesano del rey valdría mucho menos que un libro. En el plano de la cultura esta estimación de valores es de estricta justicia. En cuanto a la poca confianza que inspirara al rey

solicitante de un libro a los fines de su devolución, tampoco hay que asombrarse mucho. Desde que el mundo es mundo, libro prestado es libro perdido. Hoy que el libro es barato y abundante, acontece lo mismo. Con respecto al libro ajeno no hay lector que no se sienta cleptómano. Robar un libro es un deleite, una especial función que gusta cultivar el más honrado, del más decente de los ciudadanos. El principio sagrado de la propiedad privada recibió una herida mortal mucho antes de que Proudhon dijese que la propiedad era un robo; la recibió el día aquél en que aparecieron los libros y algunos deseaban poseerlos. Las bibliotecas públicas resolvieron, en cierto sentido, el problema al socializarlos. En aquellos lejanos tiempos la escasez de libros y la escasez de lectores engendraron el enorme prestigio del libro y de los pocos que cultivaban su amistad. Prestigio que se prolongó hasta hace muy poco tiempo; pues recordarán los lectores que pocos años atrás era un signo de distinción ambular por las calles con un libro debajo del brazo o leer en un café bullicioso la última obra de Nietzsche. A nadie se le ocurría, como ahora, salir del negocio del librero con el volumen envuelto como si fuese un kilo de salame o un par de alpargatas. No; al libro se lo llevaba al descubierto, en una especie de actitud intelectualmente impúdica equivalente a declarar: «disculpen ustedes, pero soy un hombre que lee libros; esto es, una persona inteligente y no un bruto cualquiera...» Hoy esto no es posible; todo el mundo anda con libros; que los lean o no es otro asunto. La vulgaridad es enemiga del prestigio. El mundo tiene ahora una aristocracia menos.

Receta saludable

UNA vez fue fundado en Budapest un «Club de los optimistas»; la iniciativa tuvo éxito inmediatamente, pues llegó a contar el club, a poco de creado trescientos socios. Esta institución tuvo un diario propio del cual se eliminó todo lo que pudiera empañar, en el ánimo de sus lectoras, la alegría de vivir. Los asesinatos, los asaltos, los accidentes, las guerras, pestes y revoluciones eran descritos en el

con los tonos más agradables. La hoja contuvo, además, numerosas indicaciones sobre la forma de conseguir la mayor felicidad posible en la vida.

Ningún filósofo de genio ha realizado la empresa de crear un sistema racional basado en el optimismo. En general, se tiene la impresión de que el optimismo no es una cosa seria, ni un estado de ánimo que corresponde a la índole de la naturaleza humana. Por más que el hombre se esfuerce imaginativamente en transfigurar este «valle de lágrimas» en un paisaje de arcadia, no logra entusiasmarse demasiado con tal creación de su fantasía. Aunque la inteligencia humana conviene en que el optimismo y el pesimismo son formas extremas de una artificiosa deformación subjetiva de la realidad, puesta a elegir entre una y otra se queda con la segunda, pues entiende que la verdad está más cerca del pesimismo que del optimismo; el mundo parece mucho más un valle de lágrimas que una edénica arcadia. Si la existencia del mundo — decía un filósofo desencantado — dependiese de un hilo, yo lo cortaría sin pena alguna.

Pero si el optimismo no puede ser aceptado como una filosofía digna de crédito alguno, es posible, en cambio, considerarlo como un excelente remedio para muchas enfermedades del espíritu. En cierto sentido, el optimismo es un contraveneno. Pero peligroso si no se lo suministra con prudencia, pues conduce a la imbecilidad, como ocurre con los estupefacientes. Los optimistas del club húngaro no fueron optimistas ingenuos, ni candorosos, sino egoístas. Cerraron los ojos a la realidad para que ésta no los acusara o no les perturbara la digestión. Como la tortuga, se aislaron en la caparazón impermeable y desde dentro asomaron la cabeza microcéfala para percibir tan sólo los aspectos agradables de la existencia e ignorar deliberadamente los ingratos. No fueron estoicos los caballeros del «Club de los optimistas». También ellos reflexionaron: «detrás mío que venga el diluvio». Actitud saludable desde el punto de vista fisiológico, pero repugnante desde el punto de vista moral. El optimismo heroico no consiste en cerrar los ojos a la realidad, sino en mirar de frente las monstruosidades de la existencia y luchar contra ellas firmemente dispuestos a vencerla. Optimista era Emerson cuando decía: «Si el mundo está mal, ahí estás tú para reformarlo». Emerson no hubiese ingresado en el Club de Budapest; claro está, tampoco hubiese salido por estas calles a declarar que el fin del mundo se acerca, que esta vida no vale la pena de ser vivida y que lo mejor es que cada cual ca-

ve su tumba y se meta en ella deseoso de que llegue cuanto antes el sepulturero.

Cuestión de bigotes

UN ciudadano turco y un ciudadano húngaro se disputan el campeonato mundial del bigote. El uno desde Ankara y el otro desde Bombay, atravesando un vasto continente y un infinito hormiguero humano, afirman que ostentan debajo de las narices la mas abundante, intrincada y larga selva capilar. Suponemos que esta disputa no encenderá la guerra en el Oriente y que los hijos de Mahoma no se arrojarán sobre los adoradores de Budha con las armas en las manos. Esta suposición no autoriza a pensar que desdeñemos la importancia histórica y estética del bigote. Al contrario, creemos en la virtud mágica de este adminículo sub-nasal. Podríamos hilvanar una breve reseña de bigotes históricos que significaron motivos aciagos para honores y pueblos o eficaces colaboradores de éxitos resonantes. Desde los gallardos, enhiestos, imperiales mostachos del kaiser a los miserables, mutilados, irónicos bigotitos de Chaplin, la historia estética y política del bigote recorre un largo camino en zig-zag, como la línea caprichosa que sigue el curso de las fiebres en las tabillas de los hospitales.

Los bigotes del kaiser, con sus puntas que parecían aceradas, como vértices de cascos prusianos, significaron la ruina de Alemania. Para poder mantener siempre enhiestos esos bigotes agresivos fue necesario ir a la guerra y después de años terribles, de luchas cruentas, Alemania padeció en Versalles la humillación de una afeitada indecorosa (1).

Otro hubiese sido el destino de Alemania si los bigotes de su emperador se hubiesen extendido, humildes y campechanos, paralelos a la tierra, como los mostachos familiares de Victor Manuel III o los bigotes inexpresivos del rey de Inglaterra. Pero está visto que Alemania ha de vivir bajo el incubo de los bigotes. Los de Hitler fueron los mismos del kaiser con una ligera diferencia traída por la moda y la necesidad de no provocar alarmas en el exterior, pero el alemán de raza advirtió a simple vista que los bigotitos de Hitler fueron los bigotes del kaiser despuntados. Con el triunfo del nacionalsocialismo, las puntas del bigote hitleriano se crecieron automáticamente. Además pareció que Hitler, para mejor representar su tragicomedia, hubiese adoptado los bigotes de Chaplin.

Los bigotes de Alfonso XIII fueron fatales; eran raquíticos, un

(1) Igual desenlace a causa del cínico bigotito del enjabelgador Hitler.

Para la historia del arte del Cusco

II

HACIA fines del siglo XVI llegó al «Cusco» Francisco Aldrete Maldonado, natural de Salamanca, nombrado visitador y repartidor de tierras de «comunidades» indígenas, en Paruro. La visita a aquella circunscripción la hizo en 1595, la fecha más antigua que consignan los documentos pertinentes a este personaje. Se acercó en el Cusco como vecino «feudatario» (terratiente), hasta su muerte en 1642. Como tal vecino fue cabildante y corregidor en repetidas oportunidades, aun en años posteriores a aquel incidente de su destitución, por jugador.

Aldrete se casó en el Cusco dos veces, sucesivamente, primero, con la rica heredera, descendiente del capitán Juan Alonso Palomino, doña Potenciana Palomino Benavides, luego, a la muerte de ésta, con la menos acaudalada viuda de Gutiérrez de los Ríos, doña Ana Cornejo. En ambos casos, no tuvo descendencia. Esos dos enlaces matrimoniales acrecentaron su fortuna y le dieron, si sabe, mayor copete social. No obstante ello, nunca se dejó dominar por el ocio y por el culto pasivo a los títulos nobiliarios, como los «caballeros» de la España medieval y por el desprecio al trabajo personal; antes bien demostró en múltiples formas sus condiciones especiales de «hombre de negocios», acorde con el espíritu capitalista que nacía en la Europa de su época, adelantándose a la burguesía de los siglos posteriores. Aldrete era en el campo comercial tan afortunado como en el juego; comerciaba en diferentes negocios y al mismo tiempo era un terrateniente de cepa feudal, con relación de los campesinos indios. Fue propietario de grandes y numerosas haciendas, entre otras de «Tongobamba» (233 topos de tierras cultivables, cerca de 60 hectáreas), en la provincia de Tulpicanchi,

de «Uchumuca», en la de Cacha y más que todo del inmenso latifundio de «Lauramarca», existente hasta hoy, tanto en el sistema de trabajo feudal, establecido por los conquistadores, como en su integridad territorial. Ocurrió que las cumbres andinas que demarcaban las predichas haciendas, a pesar de las enormes distancias separadoras entre ellas, aunque dentro de un perímetro geográfico continuado, puede decirse que se juntaron, como si fueran montañas-hitos de la misma propiedad, incluyendo sus nevados eternos, sus bosques y sus pajales desérticos, en una extensión de cientos de leguas,

clase feudataria cusqueña eran valores tesorizables codiciados, tanto como obras de arte suntuario, dignas de la mejor ostentación para la vanidad de los poseedores. En ese orden, el Cusco era uno de los mercados de primer rango para el comercio de joyas y sin embargo el Almirante, con cierto pudor, las despachaba a Arequipa.

El poderoso Almirante fue además apoderado de los Marqueses de Oropesa, de aquellos «Grandes de España», herederos de los Incas, para la cobranza de los tributos que les debían los campesinos del Marquesado, cuyas tierras comprendían las poblacio-

casas en que al presente vivía, en esta ciudad, que son las que llaman del Almirante» (1).

En esta forma quedaría sin lugar a dudas el asunto relativo al nombre que tomó el inmueble, como «Casa del Almirante», es decir, del almirante Aldrete Maldonado y no de aquel otro almirante Fadrique de Castilla, que nunca fue vecino del Cusco, como obstinadamente sostienen algunos autores, incluso cometió ese error el autor de este trabajo, en su libro «La ciudad de los Incas» (2). Y será oportuno referirnos que de la documentación aquí revelada se desprende que aquella tradición de Ricardo Palma, titulada «Los Duendes del Cusco», base para la equivocada aserción, era errónea como dato histórico. El error, por otro lado, se esclarece mucho más si se compara el escudo de armas del «Almirante de Castilla», descrito por su propugnador Palma, en su aludida «tradición», con los escudos que se ostentan actualmente en la fachada. En vez de los leones rampantes y de los castillos reales (de la tradición de aquel autor) se ven flores de lis, cruz de Calatrava, barras de Aragón, besantes, un árbol.

Finalmente, las trazas de estilo plateresco, de sabor salmantino, en gran parte de la fachada, y en el patio de honor así como en los suntuosos pasamanos de las escaleras que conducen a la planta alta, del mismo estilo, revelan los gustos y las reminiscencias del arte plateresco de muchos edificios de Salamanca, en el curso del siglo XVI, de donde era oriundo Aldrete Maldonado.

El predicho feudatario salmantino, acercado para siempre en el Cusco, dejaba esta Casa en herencia, en su testamento de 1642, a su hijo Diego Gutiérrez de los Ríos, hijo legítimo (de primer matrimonio) de Ana María Cornejo, segunda esposa del almirante, en quien tampoco tuvo hijos el testador, aduciendo como razón legal «el no tener hijos ni herederos descendientes ni ascendientes legítimos» y «por el mucho amor» que le tenía a su pro-hijado.

A partir de entonces, el nuevo propietario de la «Casa del Almirante» es Gutiérrez de los Ríos, primer conde de la Laguna. En la documentación procesal así

por José Uriel GARCIA

improductivos por la falta de trabajo. Gran parte de esas cumbres de la cadena de los Andes pertenecían al Almirante y pertenecen a quienes poseen esas tierras actualmente. Sin duda es un caso lamentable que una cadena de montañas, hasta donde no llega aún la acción del hombre, sea de propiedad particular. Pero a más de ser terrateniente y dueño de miles de siervos, los labriegos de sus haciendas, el Almirante no desperdiciaba otras oportunidades para acrecentar su fortuna. Las recuas de llamas — animales que fueron también objetos de reparato, gratuito por derecho de conquista — y los yanacunas (siervos) respectivos de los Palomino, seguían transportando coca de las charcas del mismo dueño, por cuenta del Almirante. Prosiguió la tradición familiar del infame comercio de la coca, como hasta ahora entre los herederos de la Conquista. Del mismo modo, fue rematista de los «diezmos de la Catedral» y como cobrador diligente ejecutaba, con creces de ganancias, los tributos a que estaban obligados los aborígenes para la fábrica de la catedral y para el sostenimiento de los canónigos: diezmos de las cosechas del maíz, de las papas y de otros cereales; de algunos metales valiosos, como oro y plata; de trabajos a destajo, como tejidos de confección en los mismos telares del señor. Comerció asimismo con la venta de joyas, como aparece de una escritura celebrada ante Domingo de Oro, 1623, dando en comisión a su agente Juan Lozano para que fuera a vender en Arequipa un lote de esas joyas. Como Aldrete era un jugador empedernido, no obstante sus demás negocios, hay que presumir que estas joyas provenían de su destreza y buena suerte en el juego. Las mandaba a Arequipa, eludiendo su venta en el mismo Cusco, a pesar de que para la

nes de Huailbamba, Urquillos, Yucay, Tampo, de la actual provincia de Urubamba, antiguamente comprensión del espléndido «Valle del Yucay» o por otro nombre «Jardín de los Incas». Como tal representante de aquellos grandes señores feudales que residían en España, podía destituir y nombrar corregidores para el Marquesado, al margen de la autoridad del virrey del Perú. Cobraba los alquileres de los arrendatarios de las viviendas de Colcampata, circunstancia por la cual, añadida a las anteriormente dichas, toda la parroquia de San Cristóbal le reconocía al Almirante como a su poderoso señor.

Aldrete Maldonado, merced a su primer matrimonio y, en consecuencia, merced a las transacciones familiares, oportunas y resueltas legalmente con los Palomino, llegó a ser el propietario único de la casa a la que al fin le dió su nombre. Sólo entonces se emprendió la obra de la parte principal del edificio, la que iba a darle carácter y prestancia artística, pues se edificó el primer patio, el del homenaje, y la fachada, esquina, visible desde la plaza mayor. Y sólo desde entonces, asimismo, se le llamaba al monumento «Casa del Almirante» y a las calles adyacentes se las nombraba en los padrones municipales de «Cuesta del Almirante», «Callejones del Almirante». Y para mayor certeza de lo que acabamos de asegurar, en un testamento del año 1702, hecho por doña Luisa de Salas y Valdez, en nombre de su esposo, que acababa de fallecer, el segundo conde de la Laguna Pedro Peralta Gutiérrez de los Ríos, hay una cláusula relativa a la Casa, que dice textualmente: «Item me comunicó dicho mi marido declarar, como yo, en su nombre declaro, por bienes suyos, propios, las

Glosas de ayer y de hoy

tanto kaiseristas, pero carecían de vigor natural para mantenerse tiesos; toda España sabía, avergonzada, que su rey utilizaba cosméticos y bigoterías. Las bigoterías son algo así como los andadores para niños o las muletas para los paralíticos. España no podía soportar eso y se hizo republicana.

Hay tema para escribir un largo tratado con respecto a las prolongaciones capilares del hombre, desde las melenas de Sansón, a las barbas de Marx, llegando a los bigotes de la historia contemporánea.

¡Vaya si tiene importancia la disputa entre Turquía y la India sobre quién posee el más exhuberante bigote del mundo!

(1) Testamento del Conde de la Laguna, hecho en 1702, ante el notario Cristóbal de Bustamante. El conde murió antes de concluirlo y por ello prosiguió, en virtud del poder que para ese efecto le otorgó el moribundo, su esposa Luisa Salas, Corre a Fojas 401-411.

(2) «La ciudad de los Incas», por J. U. García, Cusco, 1922. Crítica de arte cusqueño.

LA CASA DEL ALMIRANTE

como en los catastros del Ayuntamiento local, que van desde la segunda mitad del siglo XVII hasta la primera del siguiente, la casa es conocida y designada por la « del Conde ». Las callejas adyacentes sufren a su vez el cambio en su nomenclatura, llamándose ahora « callejones del Conde ». Por cierto que no se pierden del todo las denominaciones de « Casa del Almirante », « Palacio del Almirante ».

El señorío de los Condes de la Laguna sobre este monumento civil termina a mediados del siglo XVII, cuando el grandioso inmueble lleno de recuerdos del orgullo y de la prepotencia de sus fundadores sufre la nueva afrenta de otro remate judicial, que se consuma en favor del Convento de la Merced, por censos corridos y no pagados durante muchos años. El estado de quiebra en que se encontraba el Condado afectó incluso al obraje de Conchacalla, en Pomocanchi, y a la hacienda, « La Angostura », bienes condales. La Comunidad de los Mercedarios no tuvo reparo en precipitar la ruina de aquella familia, que en la época del poderío económico de la clase de los poseedores, suministraba a los frailes de la Merced de grandes rentas y aportes gratuitos, a título de censos para misas, sepulturas, aniversarios, etc. En el momento oportuno el obsequiado se convertía en acreedor inexorable. Menos mal que para los intereses sociales de la nobleza en decadencia, el remate de la « Casa del Almirante » fue a caer en manos de un segundón eclesiástico de campanillas, el Lic. Diego Barrio de Mendoza, canónigo de la catedral y natural de Potosí; gran casa, ha sido necesario reedificarla, derribando algunas paredes y desatando las techumbres, en cuya obra estoy actualmente empeñado, con el ánimo de gastar dos mil y más pesos que se han computado precisos para su refacción. En el testamento que formula el licenciado ante el notario don Miguel Acuña, en 1761, días antes de emprender viaje a Potosí, declara: « Que esta dicha para vivienda de clérigos de la Congregación y Oratorio de San Felipe Neri, (con sede en Lima), que desea promover en esta ciudad (el Cusco) el licenciado Joseph de Soto ». El testador establece además que si a los siete años después de su fallecimiento no se constituyera en dicha Casa del Almirante aquella Congregación, que se fundasen dos capellanías de misas en favor de su alma y en beneficio del Coro de la catedral, sobre la base del valor de dicho inmueble, como capital.

Muerto Barrio y Mendoza, la Congregación de frailes de San Felipe no pudo constituirse, dentro de los siete años previstos en

el testamento. Por lo cual el Cabildo eclesiástico de la catedral se hizo cargo de la administración de las rentas de la Casa, para el sostenimiento de los becarios de las capellanías instituidas por el testador. La bella mansión del Almirante pasó a ser casa de renta.

No obstante, todavía encontramos un nuevo documento sobre las posteriores adversidades de la casona, documento que se remonta a 1798, existente en el archivo de la Antigua Audiencia del Cusco, entre los expedientes elevados a la Audiencia para su revisión. Se trata de un nuevo remate que sufrió el inmueble, en favor de las monjas de Santa Clara, por acumulación de otros censos devengados. Como consecuencia del remate, ya en el advenimiento del siglo XIX, su nuevo propietario viene a ser el notario público Pablo Mar y Tapia, un personaje sin título nobiliario, pero sí de influencia social y económica en aquella época.

Durante la República, la « Casa del Almirante », pasó a partir de Mar y Tapia, a manos de la burguesía de dominante tradición colonial, de terratenientes y políticos, vinculados con el cada vez más acentuado centralismo de Lima, pues a pesar de la emancipación política del dominio español, las relaciones de producción, vale decir, la estructura económica sobre la base de la servidumbre de los campesinos, que arrancaba desde la Conquista, y bajo la dominante ideología colonial, suministrada con ahínco desde las cátedras y los púlpitos, estrados de la docencia nacional que expandía la voz y el pensamiento de las clases gobernantes. La « Casa-Grande » siempre cobijaba entre sus galerías y aposentos de honor a la familia del poderoso terrateniente republicano, tan poderoso como el « Almirante » o como el « Conde ». Mientras que en los transpatios de la inmensa casona vivían los arrendatarios y dependientes de arte-

sanos, pequeños comerciantes del mercado de abastos o de profesionales y burócratas, sin tierras ni yanacunas. Y en los tugurios y corrales de más al fondo, del « bajo fondo », chicherías, abrevaderos, cocinas para « agachados », pululan campesinos humildes, tributarios de las haciendas, demandaderos al servicio gratuito de los « señores ». No menos que los medievales escudos nobiliarios, el acento más ufano de la fachada, se muestran aún acordes, resplandecientes de sentido recóndito, con la escolástica de la cultura republicana, en vínculo poderoso con la economía colonial que late en los interiores de la casa y amortigua los anhelos de la emancipación verdadera que pudiesen partir de aquellos bajos fondos, ya que hasta allí no pudo llegar el beneficio de la emancipación política de 1821.

He allí el historial de la « Casa del Almirante » y el contenido, de raíces locales, de su valor artístico.

ERNEST HEMINGWAY

El disparo que casual o advertidamente terminó con la existencia del fogoso escritor Ernest Hemingway ha acallado ya su estampido y la prolongación rumorosa del mismo. Que Hemingway se haya o no suprimido no arregla nada siendo cuerpo de cementerio. Queda en recuerdo no por su aventura, sino por su obra escrita. ¡Cuántos aventureros mayores descienden anónimos a la fosa por no haberse interesado ni haber interesado a nadie!

Hemingway tuvo vigor de sangre y fuerza descriptiva. Cogió el paisaje y los accidentes de la vida a su guisa. Dió en ocasiones la impresión de teatralizar demasiado su aventura. No convenció a nadie, o casi, con su descenso forzado a la selva africana (proximidades de las cataratas de Murchison) con recaída aviatoria durante el salvamento. Allí quedaba a merced del hambre, de la sed, de las fiebres tropicales, de las fieras. Todo se arregló, como en la más inefable de las películas seriadas.

Había nacido Hemingway, en 21 de julio de 1898 en el Illinois, Estados Unidos. Iniciada su accidentada carrera, escribió gran número de relatos, impresiones y novelas, gala del inglés moderno, y con puerta de acceso al Premio Nobel de Literatura. Entre las obras suyas, que son conocidas en todo el mundo, se han traducido a diversos idiomas y de las cuales se han hecho infinidad de ediciones, figuran « Adiós a las armas »,

« Tener o no tener », « Por quién doblan las campanas » y « El viejo y el mar ». Por ésta última recibió el Premio Pulitzer de 1953.

Su estilo era periodístico, rudo y lacónico. Era la suya, una forma de escribir de típico estilo moderno, del cual ha sido uno de los pioneros. Este estilo suyo había levantado encontradas controversias en el mundo de las Letras, pero el autor creyó tener que sujetarse a los azarosos y vertiginosos tiempos que vivió y al género de vida que hizo. Era un hombre fornido y deportista y un gran cazador.

Hemingway comenzó su carrera periodística y literaria a los 17

años en el periódico « Kansas City Star ». En la gran guerra del 14 marchó a Italia y fué herido varias veces. La explosión de una granada de mortero le produjo 247 heridas de cascos de metralla cuya cicatrización y curación constituyeron una maravilla de la cirugía. En sus actuaciones en el frente demostró siempre un gran valor y se destacó en los lugares de mayor peligro. Después de la guerra viajó por Oriente Medio y más tarde actuó como corresponsal de guerra en España (1936) constando en el lado republicano. Su impresión de esta lucha (« Por quién doblan las campanas »), mitad literaria mitad realista, aparte rasgos verdaderamente firmes no puede ser interpretada dato histórico. El ingeniero americano que interpone en personaje decisivo es completamente extraño a la realidad de aquellos días. El « vivir la vida en protagonista » puede ser importante para los americanos, lo que no da derecho, lógicamente, a ignorar que « ancho es el mundo ».

Entre sus azarosos días Hemingway contó los dramáticos de Kenia, en los que estuvo en un tris de perecer a causa de un envenenamiento inopinado de la sangre. En 1941, en plena guerra mundial, se destacó como corresponsal en China y parte de la segunda guerra mundial la hizo agregado a las Reales Fuerzas inglesas. En agosto de 1944, al frente de uno de los grandes grupos de la resistencia francesa contra Alema-



ARA Y CANTA, SEMBRADOR



IC ASI da miedo pensarlo! Más de un cuarto de siglo ha transcurrido desde que nos fue dado el poder de deleitarnos con el prodigio, la profundidad y la dulzura mágica de un libro de versos de Quiliano Blanco.

Nos llamó poderosamente la atención el depurado gusto del poeta y la circunstancia, un poco extraña, de que en «Senda lírica» hubiesen coincidido estilos y concepciones de forma tan diversos. Desde la composición de impecable corte clásico hasta las más atrevidas audacias vanguardistas, «Senda lírica» era una maravillosa rueda de espejos por donde discurrían los ojos del alma con el asombro alucinante de lo ideal.

Porque Quiliano no es poeta a lo abstracto. No ha incurrido en la genialidad de edificarse ese mundo aparte de los «elegidos» ni sus imágenes literarias están

labradas a golpes peripatéticos de silogismos. Nada de eso. Quiliano tiene cosas que decir...

«Ara y canta, sembrador...»

Como si éste fuese el resumen de su ideal artístico, el poeta, que para serlo del todo se debe a ese mundo cautivador de la infancia, escribió montones de libros. Libros para los niños de su escuela: «Senda lírica», «Rueda de espejos», «Nosotros», «La provincia de Avila», etc., etc. Pasan ya de diez los publicados.

— Queremos que los niños conozcan a los poetas — nos dijo una vez —. Que aprendan a amar a los poetas para que en el embrujo de sus palabras descubran los caminos radiantes de la vida...

Quiliano ama la belleza. Es un cantor infatigable de la belleza, aunque para perfilarla, para limar las duras aristas de la adver-

sidad, haya tenido, a veces, que remontarse a alturas incommensurables. A esas remotas veredas trazadas por los astros adonde es incapaz de llegar la perfidia humana.

Entonces el poeta quisiera ser castillo, ser árbol...

«Y en los más claros espejos del agua multiplicarme. Yo, sobre la roca firme. Tú, segura, en el adarve...»

Castellano, de la vieja Castilla hecha a soñar proezas difíciles y mundos maravillosos de ilusión, su fantasía — caballo indómito en la galopada, que no cuenta, de sus sesenta etapas vencidas — descubre una Avila callada y mística...

«En fuga a más altos goces la ciudad escapa al cielo por una escala de torres...»

Este precioso ramillete, que muy pronto va a ser realidad triunfante en los escaparates de las librerías, se llamará «Poema de cuatro ríos». Del Alberche nos dice:

«La luna — amazona blanca — camina sobre su lomo llena de risas la boca, llenos de susto los ojos...»

Resulta inexplicablemente consolador escalar las cumbres difíciles de la vida y poder mirar hacia el valle con esa mirada limpia, sin sombras ni tempestades, con que lo hace el poeta: «llena de risas la boca, llenos de bondad los ojos...»

Porque Quiliano, maestro, jornalero impertérrito del saber, ha cosechado muchas otoñadas de ingratitud a lo largo de su siembra.

por C. Vega Alvarez

— Ahora sirvo una escuelita en Torrejón de Ardoz... — nos ha dicho.

Y se expresa con la sencilla ingenuidad, con la fe robusta y la ilusión de los veinte años.

¡Una escuelita en Torrejón de Ardoz! No es necesario estimular mucho la fantasía para imaginarse a este hombre de clara sonrisa alentadora, manos prodigiosas de sembrador y cabellos plateados por las nieves del tiempo y de la adversidad, rodeado de pequeños angelotes que beben de sus labios las teorías eternas del bien.

Quiliano, poeta por encima de todas las cosas, ¡mucho más poeta que maestro!, tiene que enseñarles una geografía maravillosa a sus niños...

«Río Alberche, acorta el paso. Deja que te cante el mirlo, mira que te vista el chopo. Y cuando allá abajo salgas a tierras de Burgoñondo, te ofrecieran gentilmente los melocotones, oro; los majuellos, perlas negras, los guindos, corales rojos... Y tú les darás espejos a los pinos melancólicos...»

Una geografía de maravillas abules donde — ¡estamos seguros! — no ha de quedar sitio para los mapas de guerra, para el odio ni para esas pasiones turbias que ponen el llanto en los ojos candorosos de la infancia...

— Piensa, río... — dice el poeta. «Piensa, río, que la vida tiene honduras y rosas sólo para aquél que va por ella dándose en el bien a todos...»



ERNEST HEMINGWAY

nia y a las órdenes del general Leclerc entró en París.

Sus repetidos viajes a la España de Franco, junto con su amistad con el torero Ordóñez recordando la idem de Picasso con el primer espada Dominguín han sido explotados hasta el límite de la histeria por el propagandismo franquista. La afición del escritor americano a visitar países exóticos — y España parece serlo — la cerrazón nacionalsindicalista la interpreta adhesión de un espíritu libre, o inquieto, a la vulgarísima personalidad de un «caudillo por la gracia de dios» y su pútrido sistema político.

Pensar en Ernest Hemingway

nos reconduce a la literatura verez, colorida y universal de Jack London, desprovisto éste — y es lo que conviene — del prejuicio del heroísmo, de la preocupación de aparecer ante el mundo que leyendo labra fortunas a los autores mimados, como ejemplar único y destinado a una inmortalidad precipitada y por ello prematura.

Sin embargo, es bueno que en el mercado de las letras se vacíen todos los estilos, todos los intelectos, todas las pasiones de los hombres capaces de aportar elemento nuevo.

IGNOTUS

(De «Solidaridad Obrera»)

Familiaridad con
los músicos

Manuel de Falla

ESTE estimado compositor contemporáneo nació en Cádiz el año 1876 y se extinguió en Buenos Aires en 1946. En octubre de 1939 se había expatriado a la Argentina dolorido por el asesinato de que había sido víctima su amigo el poeta Federico García Lorca.

Con Albéniz, Granados y Sarasate, Falla es una ascensión, una internacionalización de la música española. Sus partituras son de una fuerza considerable. De su ópera «El sombrero de Tres Picos» (representada una sola vez en el Liceo de Barcelona) se desglosaron las danzas, conocidísimas, de «Las horas perdidas», del «Fuego» y alguna otra. «La vida breve» le fué estrenada en el Teatro Municipal de Niza (1913) pasando seguidamente a la Ópera Cómica de París adaptada al francés por Paul Millet. De esta soberbia pieza destaca la romanza «Vivan los que rien». Escribió igualmente una ópera cervantina titulada «El retablo de Maese Pedro» y un sin fin de piezas sueltas de arraigo andaluz, aragonés, etc., consiguiendo con ellas —como Granados y Albéniz— la quintaesencia de los aires regionales españoles. — F. F.

«La Atlántida»

Estuve conviviendo con el maestro Felipe Pedrell, durante su vida, consecuencia de la gran amistad de mi padre con él, que casi rayaba en la familiaridad. El maestro Pedrell se pasaba grandes temporadas en nuestra casa de campo, en donde escribió algunas de sus obras, entre ellas la ópera «La Celestina», que no es conocida. El me vió a mi nacer, y yo le vi a él morir. Durante este tiempo, tuve ocasión de aprender muchísimas cosas de música, pues todas sus conversaciones siempre versaban sobre el mismo tema. Por su casa vi desfilar a muchos músicos, que recibían sus sabias lecciones, entre ellos a don Manuel de Falla, a quien distinguía, admiraba y profesaba una gran estimación, por su talento y la sencillez en su manera de ser personalmente. En una de las muchísimas conversaciones que sostuve con el maestro Pedrell, recuerdo perfectamente me dijo que con el único que debía continuar en la forma que lo hacía, era con don Manuel de Falla. Así lo hice, siguiendo sus consejos y sus normas, y así es cómo nació mi amistad con don Manuel, tan cordial, tan familiar hasta su muerte. Don Manuel de Falla fue el alumno predilecto del maestro Pedrell, a quien profesaba un cariño acendrado, porque a su talento musical; sumaba un gran sentido humanitario y una excepcional bondad.

Cuando se celebró en el año 1926, en Zurich, el festival de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea, al terminarse nos trasladamos a Milán. En el tren hablamos de un sinfín de cosas, y entre ellas me dijo que como había hecho «La vida breve» y «El amor brujo», para Andalucía; «El sombrero de tres picos», para Aragón, y «El retablo de Maese Pedro» para Castilla, tenía un enorme interés en hacer algo para Cataluña, a la que quería muchísimo, por las continuas demostraciones de afecto y cariño que había recibido en Barcelona, pues, aunque el maestro Pedrell le había indicado con mucha insistencia que hiciera una ópera sobre la vida de Raimundo Llull, esto no entraba en su forma de ser, porque la vida de éste fue algo irregu-

lar en sus principios. Entonces fue cuando le insinué que hiciera «La Atlántida», y él contestó que, aunque la había oído nombrar, no la conocía y no podía decidirse a hacerla, en primer lugar, porque no tenía ningún ejemplar y luego por desconocer el catalán.

Mi respuesta fue que yo se lo resolvería todo. Al regresar los dos a España, nos despedimos en Barcelona, marchándose él a Granada. Lo primero que hice fue remitirle un ejemplar de «La Atlántida», y al poco tiempo me pidió un diccionario catalán-castellano de la época de mosén Jacinto Verdaguer. El único que existía era el de Labernia, y seguidamente encaminé todos mis trabajos para hallarlo. Después de muchísimo buscar, pude encontrar un ejemplar, el cual le remití sin pérdida de tiempo. Entonces fue cuando principió su obra. Transcurridos unos cuatro meses, fuimos a París, con motivo de celebrarse el 50 aniversario del nacimiento de don Manuel. En la Ópera Cómica se organizaron unas funciones con programas de obras suyas: «La vida breve», «El amor brujo» y «El retablo de Maese Pedro». En este viaje nos acompañó el maestro Marshall. Cuando estábamos comiendo en un restaurante Falla nos dijo que ya tenía principiada «La Atlántida».

En los diversos viajes que yo realizaba a Granada, siempre cambiamos impresiones sobre la obra. Recuerdo que en uno de ellos me solicitó que le explicara el significado de la palabra «juli», que está en el «Canto segundo» de «El huerto de las Hespérides», verso número 34, pues en el Diccionario de Labernia no lo encontraba. Le expliqué que esta palabra la empleaban los niños al saltar con la cuerda a la comba, cuando querían dar mayor rapidez a los saltos; él me dijo que en Andalucía usaban la palabra «tocino», y al decirlo mostró don Manuel una enorme alegría, porque aseguraba que tuvo el presentimiento de que en aquel momento aceleraba la música. En otro viaje, cuando fui a Antequera Alta, que es el sitio donde vivía, una sirvienta nueva, que no me conocía, me abrió la puerta en el preciso momento que el maestro estaba tocando el piano. Me senté en el

jardín hasta que terminó de tocar, y luego, tras saludarnos, me preguntó si hacía mucho que esperaba, respondiéndole que todo el tiempo que estuvo tocando. Volvió a preguntarme lo que me había parecido dicha música, y le dije que me parecía de juegos de niños. Entonces me comunicó que era la descripción de «Las Hespérides», cuando jugaban en el huerto con las naranjas de oro.

En uno de los viajes que don Manuel hizo a Barcelona, tuvo muchísimo interés en celebrar una entrevista con el maestro Luis Millet. Le acompañé al Palacio de la Música, donde estuvieron hablando un buen rato. El maestro Millet le preguntó en qué forma había tratado la parte coral de «La Atlántida». Técnicamente le explicó cómo la había escrito, y recuerdo perfectísimamente la contestación que recibió. ¡María santísima!, exclamó el maestro Millet, llevándose expresivamente las manos a la cabeza: «yo necesito cuatro meses para ensayar la parte coral». En este mismo viaje tocó en casa de Marshall, en donde también estaba el pintor José María Sert, todo lo que tenía hecho de la obra; un efecto sorprendente. También estuvimos en el Gran Teatro del Liceo, con Sert, estudiándose la forma en que se podían hacer las decoraciones para la obra.

Transcurrido bastante tiempo hizo otro viaje a Barcelona, que fue el último antes de marcharse a América. En mi casa tocó en el piano que fue del maestro Pedrell, por el que sentía una gran predilección, todo lo que tenía compuesto que era mucho más que en el anterior viaje, pidiéndome que fuera anotando los minutos de duración de cada fragmento.

De las muchas anécdotas que podría contar, una de las más curiosas es la siguiente: «En uno de los viajes que hizo, mucho tiempo antes, a Barcelona, fui a esperarle a Valencia. Realizamos el viaje los dos juntos en el tren expreso, que tenía bastante tiempo de parada en la estación de Cambrils, porque había de tomar agua la máquina. Allí se encontraba un pobre que pedía limosna tocando una flautita, lo que llamó mucho la atención de Falla; tanto es así, que sacó del bolsillo el kilométri-



co y fué anotando lo que oía. Pasados unos años, cuando ya escribía «La Atlántida», me dijo que había aprovechado para dicha obra lo que había escuchado.

En mi reciente viaje a Milán he tenido la satisfacción de pasar bastante tiempo en compañía del único discípulo de don Manuel, mi gran amigo el maestro Ernesto Halffter, quien al piano ha ejecutado toda «La Atlántida», que ya está completamente terminada. No hay palabras para describir la grandiosidad de esta obra. Desde el principio al fin, está totalmente orquestada, faltando muy poco para terminar la edición para la casa Ricordi.

La obra principia, en el prólogo, con «La Atlántida sumergida» y el «Himno Hispanicus», para coros y orquesta. Integran la primera parte, «El incendio de los Pirineos» y el «Cántico a Barcelona», que es un himno maravilloso, todo coral. La segunda parte es la más larga: «Hércules y Gerión», «Huerto de las Hespérides», «El Dragón», «Los Atlantes en el templo de Neptuno», «Hércules perseguido», «Gades Anteo», «Fretum Herculeum», «La voz divina», «El hundimiento» y «Non Plus Ultra». Y comprende la tercera parte «El peregrino», «Sueño de Isabel», «Las Carabelas», «Salve en el mar» y «La noche suprema», víspera del descubrimiento, final de la monumental cantata para solistas, coro y orquesta.

En compañía de Ernesto Halffter estuve en la Casa Ricordi, para visitar al director general, ingeniero Guido Valcarengui. Hablamos del estreno de «La Atlántida», y aunque él tiene mucho interés que se efectúe en Italia, por las muchísimas razones que le expuse se acordó, en principio, que se estrenaría primero en Barcelona, en el Gran Teatro del Liceo, con el «Orfeo Catalán». Victoria de los Angeles, posiblemente el barítono Manuel Ausensi y el tenor Carlo del Monte, junto con otros cantantes ya que se necesitan algunos más, para los varios personajes que existen en dicha cantata. Después se daría una audición de las partes principales en Cádiz y luego en la Scala de Milán.

Juan Gisbert Padró



La Escena

Una revolución lírica

COMENTANDO el éxito de «Historia del West Side» (el argumento de Romeo y Julieta modernizado por los norteamericanos), el comentarista Sergio Nerva escribe de paso: «Siempre que asistimos a una obra lírica moderna y vemos cómo el esfuerzo no cuaja, nos preguntamos en mente: ¿por qué nuestros autores — libretistas y músicos — se empeñan en seguir derroteros caducos, anodinos y chabacanos?»

«Nuestra revista, por ejemplo, no puede ser, tal como se confecciona actualmente, ni más pobretona, ni más rutinaria, ni más grosera. De ahí que, cada vez que se quiere ponerle una inyección al género lírico, se recurre al repertorio antiguo. El moderno no existe. Mejor dicho, no cuenta para nada. Antes — lo hemos referido incontables veces —; antes, los libros los escribían los buenos autores, los poetas; y las partituras, los buenos músicos, los poetas del pentágono. Hoy no. Hoy los escriben los peores libretistas y los músicos más ramplones y pordioseros.»

Gerardo Martín Sacristán, autor novel, ha acudido al Español con sus huestes segovianas para probarse en Madrid con «Era necesario un torrente». Tal vez; pero el torrente no lo ha aportado Martín. Continúa, por tanto, la sed en la región del Teatro. El argumento no convence, al igual que su música (de Juan Guerrero). A los artistas, exigidos por la longitud de los relatos, no les queda tiempo para cuidar su acción de tablas. En síntesis, una experiencia aprovechable para tentativas más afortunadas.

En el Calderón hubo caldero musical con «Baldomeras sacando las calderas», única forma de evitar, con mujeres al gusto, justificadas muestras de disgusto. Digamos al fin que se trata del estreno de una revista firmada Arana, Valls, Cabrera, titulada: «Ellas, ellos... y el taxista», obra mortal de necesidad aunque el público la haya aplaudido en un intento de engañarse a sí mismo. Pero una vez y no más, como santo Tomás.

Otra revista, ésta en el Alcázar: «Buscando una estrella». Buscándola, la empresa no arriesga arruinarse, pues lo de siempre la salva: lo escultural femenino, con cita especial para Brenda Bassy, ejemplar de belleza único. Por desgracia, esta beldad canta grave y con poco dominio de las notas. Noppi, muy aplaudido por triple mérito: chispero, mímico y saltimbanqui. Carmen Morell y Pepin Blanco, buenos conductores de

espectáculo. El argumento (marca M. Paso) insignificante y la música (derechos de propiedad: Codóñer) juguetona y sin ambiciones de porvenir. El público sale satisfecho del espectáculo, puesto que el agrado femenino da argumento perpetuo.

«Estampas y sainetes», de Eduardo Vázquez y Antonio Calderón es una diversión que se representa en la Comedia bajo la dirección vivaz de Pedro Pablo Ayuso y Juanita Ginzo. La obra está dividida en dos partes, una, «La locura de Ofelia», otra, «Se ha fugado Purita»; la primera es una crítica bien hecha de la mujer de hoy, la segunda una caricatura de la mujer de ayer. Gracia sainetera en el libro y ajuste a sus personajes refiriéndolos a los actores. Obra de pasatiempo que place, sin que aporte nada nuevo.

Todo esto por los madriles.

En el Cómico barcelonés Alfonso Suárez y el maestro José G. Bernal se entregan igualmente al recurso de la revista con «Ladrón a la fuerza» puesta en movimiento por el primer actor Alfonso del Real. Libro original en comicidades subrayadas por tenues melodías y una profusión de aires americanos, portugueses, andaluces y además una aparatosa «marcha de granaderos» que convence por tratarse de granaderas de líneas bien perfiladas. En suma, una especie de champán afrodítico, resultando, lo del ladrón, lo de menos.

En el Romea (coliseo que vive de gracia) Cecilia A. Mantua ha estrenado «Diana a l'oficina», sainete en tres actos sin grandes pretensiones pero bien hilvanado, lleno de situaciones ora hilarantes, ora sentimentales. Como se adivina, «Diana a l'oficina» se destina a dar fe de vida al teatro catalán en sus acepciones psicológica y costumbrista. La autora fue bien comprendida por Teresa Cunillé, actriz de talento a la cual secundaron con pareja maestría Domingo Vilarrasa Rafael Anglada, Josefa Fornés y Nuria Grau.

Y, parem de comptar. — C.



La Pantalla

El festival internacional de San Sebastián

MAS que un deseo de superar el valor de la cinematografía hispánica y de revalorizar la condición turística de San Sebastián, el Festival de este año, al igual que los años anteriores, se asemeja a una orden del caudillo destinada a hacer olvidar el régimen fascista que afecta a los españoles y que no han de percibir los extranjeros a los cuales la servidumbre de Franco tratará sombrero en mano...

En un ambiente de frialdad (la concurrencia de cada sesión no rebasa la cantidad de cincuenta espectadores) han ido desfilando por la pantalla una serie de films aportados por casas productoras visiblemente a ruegos y promesas de este señor don Francisco Ferrer Monreal, no fusilable como Francisco Ferrer Guardia, al que no obstante fusilaron. Al descender inaugural de la cortina nos sirvieron «La Sed», de Lucas Demare, adaptación de la novela del mismo título escrita por el paraguayo Augusto Roa Bastos. Lamentable que el productor no consiguiera la fuerza expositiva y artística del autor. Por consiguiente, «La sed» quedará en tema de librería. Francisco Rabal y Olga Zubarry, actores, se salvan del naufragio por mérito propio.

Al día siguiente tuvimos plato fuerte: Marlon Brando, autor y actor de «Rostro impenetrable», donde el «yo» brandino campa por sus respetos no agradando a la temible concurrencia. La acción movida sin duda, y más con la gracia inteligente de Pina Pellicer, excelente y joven actriz mejicana. En la misma jornada Italia, con la presentación de «L'imprevisto», no convence, y menos cuando es archisabido que el rapto del niño Peugeot, por sustanciado ya no interesa a los públicos.

Siguió — con otra noche de por medio — un «Espero al señor presidente» polaco. Vemos la tremenda soledad del niño ante sus progenitores rencorosamente separados. Historia cruda, argumento angustiosamente humano, tratado con arte limitado. Francia, con su «La peau et les os» (P. P. Sassy y J. Panijel) no cuajará por exceso de técnica. «Sombra de sospecha», film esperadísimo por ser el último de Gary Cooper, está muy adentrado en el cálculo, es muy «experiencia fabril», y por ende tan lejos del fallo adverso como del aplauso arrebatado.

«Une aussi longue absence» de Henri Colpi, representación de Alida Valli y Georges Wilson. Película conocida en Francia que



aquí se apreció parcialmente debido a ciertas tibiezas de relato.

Polonia reincide con «El regreso», de Passendorfer. Tema y trabajo inmejorables. Aquí la angustia prosigue. El resistente regresa sin que reencuentre el afecto hace años perdido. ¡Cuánto daña en el cuerpo y en la moral la guerra!

Intermedio emocional ilustrativo con homenaje a Emilio Fernández, «El mundo de Georges Méliès» e «Imágenes del cine japonés». Del primero se han reproducido «Flor Silvestre», «María Candelaria», «La Perla», «Enamorada», «Salón México» y «La Malquerida» (de 1943 a 1949). Evocación ciertamente interesante, pero que denota escasez general de aportaciones nuevas.

La producción más interesante presentada es, sin regateos, «Los honores de la guerra», película francesa fervorosamente pacifista y aun de combate contra la guerra de la cual señala la nociva inutilidad para adquirir la tranquilidad y el bienestar de los pueblos. Golpe de maza, además, contra la estéril rivalidad entre franceses y alemanes. Los honores de la guerra, tras no honrar a nadie, cuestan carísimos a la especie.

El cine español estuvo presente con un leve discurrir: «Pasaje a tres»; con «¡Hola, muchacho!», celuloide animado por la gracia de Ana Mariscal; película discreta, sin pretensiones, acogida con palmas bonachonas por la distinguida concurrencia. Y con otra producción — que cerró la puerta —: «Milagro a los cobardes».

MESA REVUELTA

Cristo nacionalsindicalista.
Comentando la enciclica «mater et magistra» de Juan 23, Fernando Martín Sánchez Julia apremia a Cristo para que diga al obrero: *Que sin el socialismo yo te amara— y aun sin el comunismo te quisiera...*

Oído en la plaza Real de Barcelona en la época de los comentaristas:

No es lo mismo burocracia que burocracia, abogado que abogado, perito que perito, minero que minero, algo que galgo, cepillo (de pelo) que cepillo (ropero), candado que candado, hazaña que hazaña, y cuanto de la misma retahila el lector añada.

Cosas de músicos: Beethoven creía que su inspiración «le acerbaba a los dioses»; Chopin consideraba la obra de Beethoven más «fabricada» que inspirada; Liszt consideraba a Chopin un soberbio silencioso; la esposa de Schumann creía a Liszt incapaz de interpretar a su marido.

Sin embargo, la obra de cada gran compositor, en la posteridad completa la obra de todos.

Vivir siempre sería tan insostenible como no dormir nunca.

La mujer y la rosa.
Al hombre cien rosas lo envuelven y cien mujeres lo disuelven.

Consejos turcos a Fátima: «Habla poco y pensado». «Perfume sobre limpieza». «Pierde el reloj de las citas impuras». «Dos vasos de agua acomodan, mil ahogan». «Prudencia insinúa inteligencia». «Del hombre el amor, no el nombre». «No es Alá quien hijos da». «Con dueño no hay ensueño».

Aberraciones: «El Ejército como instrumento de Paz» (todos los Estados Mayores); «Si hay habitantes en Marte los declamamos católicos, apostólicos, romanos» (el Vaticano); «Dios y España me necesitan y sostienen» (Franco).

También los feos tenemos derecho a salir de casa. (Quasimodo).

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESÍA

Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X*), es ayudar al Suplemento.

BIBLIOTECA DE «SOLI»

Extra: 4 NF; simple: 3 NF.

Torres Villarroel:
«Vida».
Turgueneff, I.:
«Relatos de un cazador».
«Anuchka», «Fausto».
«Lluvia de primavera», «Remanso de paz».
Twain, Mark:
«Las aventuras de Tom Sawyer».
«El hombre que corrompió a una ciudad».
«Fragmentos del diario de Adán y diario de Eva».
«Un reportaje sensacional y otros cuentos».
«Nuevos cuentos».
Unamuno, M. de:
«Del sentimiento trágico de la vida».
«Vida de Don Quijote y Sancho».
«Tres novelas ejemplares y un prólogo».
«Niebla».
«Abel Sánchez».
«La tía Tula».
«Amor y pedagogía».
«Andanzas y visiones españolas».
«Paz en la guerra».
«El espejo de la muerte».
«Por tierras de Portugal y de España».
«Contra eso y aquello».
«San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más».
«Soliloquios y conversaciones».
«Mi religión y otros ensayos».
«La agonía del cristianismo».
«Recuerdos de niñez y de mocedad».
«De mi país».

«En torno al casticismo».
«El Caballero de la Triste Figura».
«La dignidad humana».
«Viejos y jóvenes».
«Almas de jóvenes».
«Almas de jóvenes».
«Soledad».
«Antología poética».
«El otro», «El hermoso Juan».
«Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana».
«El Cristo de Velázquez».
«Visiones y comentarios».
«Toán».
Valdés, Juan de:
Uribe Piedrahíta, César:
«Diálogo de la lengua».
Valera, Juan:
«Juanita la Larga».
Valle-Arízpe, A. de:
«Cuentos de México antiguo».
«Leyendas mexicanas».
«En México y en otros siglos».
Valle-Inclán, R. del:
«Tirano Banderas».
«Corte de amor».
«Flor de Santidad», «Coloquios románticos».
«Voces de gesta», «Cuento de abril».
«Sonata da primavera», «Sonata de estío».
«Sonata de otoño», «Sonata de invierno».
«Los Cruzados de la Causa».
«El resplandor de la hoguera».
«Gerifaltes de antaño».
Giros y pedidos a Roque Llop,
24, rue Ste-Marthe, Paris (10*).
CCP Paris 4308 09

NOTICIARIO

Falleció en Barcelona el periodista y autor teatral José María Castellvi. Fue quien escribió la letra de «El Relicario».

Música frívola. Concurso de pasodobles en Zaragoza, con premio mayor para «Sansueña» del maestro Esteban Vélez, de Santander; un segundo premio para «Un pañuelo en la cara», del compositor Manuel Monreal, madrileño; y un tercero para «La ronda de Rabal» del musicógrafo Tomás Asián, de Vitoria.

¿Gazpacho idiomático? Antonio Churruga, de Palencia, cree haber dado a luz un nuevo idioma universal que denomina «Frendo»: idioma de la amistad. Afirma el inventor que el «Frendo» será un lenguaje extremadamente sencillo basado en las experiencias del Esperanto, el Ido y en el estudio cabal de los idiomas europeos.

La Banda Municipal de Barcelona ha reemprendido la antigua costumbre de dar conciertos populares en la Plaza del Rey, íntima por estar aislada de los ruidos callejeros.

La bailarina Carmen Amaya ha dicho. «Nada me importaría cambiar. Yo, que lo he tenido todo: brillantes, pieles, lo mismo me daría volver a vivir en una chabola y dormir en un saco; y para comer una papa y un cacho de tomate».

VII Festival Internacional celebrado en agosto y en Cádiz, habiéndose producido una compañía de ópera, «ballets» filipino, irlandés y el de Antonio; la compañía de verso «Lope de Vega» y las orquestas del Liceo barcelonés y la Filarmónica de Madrid.

El escritor José Guiraud ha publicado en «Solidaridad Obrera», órgano mayor de este Suplemento, unos enjundiosos reportajes sobre los conciertos musicales Pau Casals celebrados el pasado mes de julio en Prades (Pirineos Or.)

Leído en un diario de Barcelona:

«Una veterana publicación cambia forma, volviendo por sus fueros iniciales, cuando por las plumas de Aranguren y Julián Marías, de Lain y Ridruejo, de Carlos Riba y Vicens Vives, entre otros, intentó establecer una posición crítica y comprensiva entonces insólita en el clima ideológico español. Tras su fusión con la bilbaina «Gran Vía» y una etapa no excesivamente afortunada, la barcelonesa «Revista» se convierte en publicación mensual para mejor volver a su concepción primera y adoptar una posición más intransigente ante la superficialidad de los acontecimientos, deteniéndose sólo en lo que revista importancia en orden a la aventura del espíritu, la cultura y el devenir de nuestro tiempo.»

La pantalla

de Mur Oti y a cargo de Javier Escribá y Ruth Román. Rudamente dicho, «Milagro a los cobardes» equivalió a una ducha fría. Tratándose de España no podía faltar el tema religioso; es obligado. En un intento de convertir al catolicismo a los posibles incrédulos presentes en la sala, los personajes (biblicos) del tal «Milagro» hablan por los codos y se dan de codazos para mantenerse en el uso principal de la palabra. Señor Franco, otra vez un poco más de disciplina... religiosa.

Este Festival (el IX) terminó con la concesión de premios: a «El rostro impenetrable», Estados Unidos, con la Gran Concha de Oro; al cortometraje «Pasaje a tres», España, con la Conchita de Oro; a «Espero al señor presidente», Polonia, con la Concha de Plata. Y hasta el próximo Festival, si la Comisión se atreve.

Noticias en celuloide

En el lienzo español se proyecta «Pachín», rollo dedicado al lanzamiento de un actorcito de ocho años: Angelito, portento que canta asturiano, charro y andaluz sobre fondos astures, castellanos y sevillanos.

La comedia «Cuidado con las personas formales» de Alfonso Paso, López Patiño y otro, la están rodando para el cine.

José M. Elorrieta ha presentado en sesión privada la versión cinematográfica de la Comedia «Canción de cuna», de Martínez Sierra.

También — esta vez a cargo de Rafael García Serrano — Rafael Gil — serán pasadas al cine las comedias «El niño de la bola» y «Tú y yo somos 3», ésta última de Jardiel Poncela.

Le Directeur: JUAN FERRER. — Imprimerie des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine)

¡CUBA, CUBA, CUBA!



¡ATENCIÓN, MAMBISO!